

Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 58 - Agosto de 2014 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



6

Bailemos salsa en Nueva Delhi



8

White Flamingo



12

El ronquido de un fauno



14

Pichando como un toro



20

Washington Heights



26

Desvío Visual



28

Ahucatl



UNIVERSO CENTRO

Publicación mensual

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

EDITOR

— Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora

— Guillermo Cardona

— Alfonso Buitrago

— David E. Guzmán

— Andrés Delgado

— Anamaría Bedoya

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

— Erika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

— María Isabel Naranjo

— Paula Camila O. Lema

ASISTENTE

— Sandra Barrientos

Es una publicación de la Corporación Universo Centro

Número 58 - Agosto 2014

18.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

Rosa la de color rosa

por SILVIA CÓRDOBA

Fotografía: Juan Fernando Ospina



Fronteras

I La ciudad intenta trazar una línea alta sobre las montañas. Un misterio hizo que la decisión fuera construir un corredor para paseantes. Una trocha con "mobiliario". La idea es que la ciudad no siga subiendo. Pero cuando el Estado compra todo sube. Y ahora la gente quiere llegar al borde, la gente quiere el límite, la gente prefiere la frontera, los pillos consultan los planos. El Estado traza el cerco pero casi nunca sirve. Un nudo, un corte, un paso, un golpe hacen que los dueños de las fronteras sean quienes cuidan la raya y quienes las rompen. El Cinturón Verde es solo un escalón para saltar el límite que era invisible. Las paradojas de la fuerza pública.

Zonas de reservas, zonas de páramo, zonas de indígenas, zonas mineras, zonas de rumba extendida. Rayas.

II El gerente de la Fábrica de Licores de Antioquia dijo hace poco que el guaro contramarcado no puede llegar al noroccidente de la ciudad; ni al norte, donde Bello también tiene su bemo. Las cuentas en la mesa de la cantina hablan de cien mil millones de pesos al año para el alambique artesanal. Las arepas y el guaro son las primeras fichas del comercio ilegal en busca de los productos legales. Lo prohibido se acerca a lo lícito mientras lo corriente encuentra sus reglas lejos de la contabilidad oficial y cerca de la policía. Tal vez sea más grave que se pierda la cobertura de la FLA que la de EPM. Un nuevo monopolio rentístico. Cuando el Estado conserva una ley arcaica sobre quién puede vender su "jarabe" y quién no, siempre aparecerán empresarios dispuestos a destilar por su cuenta.

Tiendas vetadas, cantinas aisladas, billares señalados, discotecas luquiadas, esquinas animadas. Leyes. UC

E n la familia de mi papá la gente se muere joven. O por lo menos más joven que en la de mi mamá, porque en la de ella se mueren muy viejos. Mi abuelo Enrique, por ejemplo, el papá de mi mamá, se murió de 99 años cuando se cayó de la bicicleta estática. En cambio a mi otro abuelo, a Leonidas, ni lo conocí. Se murió cuando todos estaban jóvenes, incluso él.

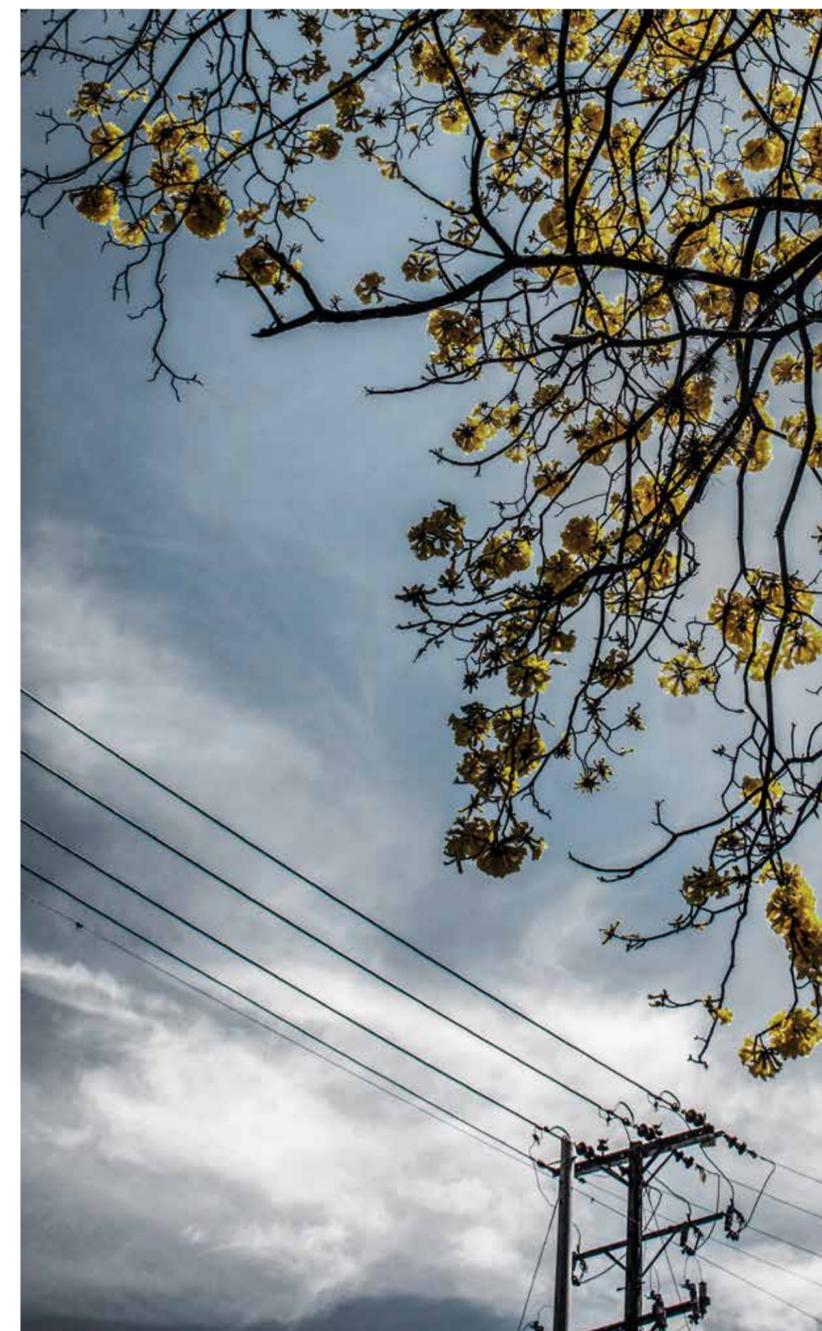
A mi papá ya se le murieron dos hermanos: primero fue la tía Rosa, la menor. Cuando yo estaba chiquita mi tía vivía con nosotros. Rosa era una mujer muy hermosa. Hubo quienes dijeron, en los años setenta, que ella era la mujer más linda de Medellín. Debe ser por eso que no se casó con un hombre. Y porque siempre supo que se iba a morir joven.

A los veinte años a mi tía Rosa le diagnosticaron Lupus. Eso hizo que un día la cara se le pusiera rosada. Rosa la de color rosa. Pero a veces se ponía pálida, pálida como una rosa. O verde. Nunca he visto una rosa verde. Rosa vivió veinte años cambiando de color, y también cambiaba de cuerpo: un mes se ponía muy flaca y otro muy gorda. Al principio iba a los hospitales donde la llenaban de pastillas que la hacían poner verde. O blanca. O rosa. O gorda. O flaca. Hasta que se hartó de médicos y conoció a la brujita que le mostró otras formas de aliviarse, y le ayudó a pasar a la otra vida.

Cuando estaba por sus cuarenta años Rosa se puso verde. Los médicos de hospital le dijeron que si quería seguir viva tendría que conectarse a una máquina y pasar su sangre por un tubo con un filtro que la limpiara antes de devolverla a su cuerpo. Ella dijo que no era así como quería vivir, y entendió que era un buen momento para morir. Se preparó, se despidió de sus hermanos, cuñados, sobrinos y amigos. Pero faltaba una de sus hermanas que vivía en Argentina. Ella quería decirnos adiós a todos, uno por uno, y decidió esperarla.

Una tarde, mientras estaba en su cama haciéndole el quite a la muerte, entró por la ventana una flor amarilla que dejó caer el árbol del patio de la casa. Rosa se despertó. Volvió como del más allá y la brujita dijo que ese árbol le daba vida. A mi tía le faltaban un par de días para llegar de Argentina y encontrarse con su hermanita, la menor, de modo que pusieron flores amarillas del árbol junto a la cama de Rosa y ella estuvo despierta más tiempo. Para alargar el efecto, la brujita cogió un cable de teléfono cubierto de caucho rojo, lo peló hasta que se vio el cobre, se lo metió por la vena como un catéter, estiró el cable por encima de la cama, atravesó la pieza hasta llegar a la ventana, fue hasta el patio y en la otra punta lo conectó al tronco del árbol por donde salía la savia. Sabia bruta.

Tres días estuvo Rosa conectada del árbol del jardín con su cable de cobre. Cuando al fin llegó el vuelo de Buenos Aires, mis dos tías, que no se veían desde hacía décadas, se abrazaron y estuvieron en el cuarto, solas, conversando toda la noche. Supongo que se contaron toda la vida. En la madrugada, cuando ya estaba lista, Rosa decidió morir. Un par de días después sembramos sus cenizas en la finca, en un árbol igual al del patio de la casa en la que se murió. Todavía hoy, después de veinte años, son el abono que lo mantiene vivo. UC



Ocurren cosas terribles en mis ilustraciones. Cada una es un cuento.
Si usted las mira atentamente unos pocos minutos, le contarán una historia...
Todo está aquí, en mi piel; no hay nada más que mirar.

Ray Bradbury, *El hombre ilustrado*



Tatuaje de barrio

por MARIA ISABEL NARANJO

Fotografías por la autora y Juan Fernando Ospina

Se llama César Vidal pero arriba todos lo llaman 'Crazy', y cuando explica por qué ese nombre va girando sus dedos alrededor de la sien mientras dice: "Es por mi forma de ser". Su forma de ser es una máquina de voluntad: empezó dibujando a *Dragon Ball* y a *Los Caballeros del Zodiaco*, y a punta de rayar mucho aprendió a dibujar sobre casi cualquier superficie: paredes, latas de carros y piel humana.

Supe de él hace poco, en una conversación informal de trabajo. Su amigo E. empezó a contarme la historia de sus tatuajes: el rostro de su hija enmarcado en la espalda y un perro enmascarado en el brazo izquierdo. Dijo que pronto se haría el tercero, un atrapasuños en el brazo izquierdo, y que otra vez lo haría con el tatuador de Villatina. El tatuador-de-Villatina es el título de una historia, pensé, y le dije que me llevara.

Un sábado seguí las indicaciones de E. para llegar hasta la ladera oriental de ese cerro azucarado donde queda el barrio Villatina: "Llegás al paradero de buses de Cootransvi en el Palo con La Playa, le preguntás al conductor si pasa por donde Crazy y listo, te dejan en la puerta del local". El colectivo arrancó a las 11:40 de la mañana en la planicie de las calles del Centro: El Palo, Maracabo, el Teatro Pablo Tobón Uribe, el Museo Casa de la Memoria; giramos hacia la izquierda por una vía estrecha, delimitada por casas de colores de uno, dos, tres pisos, y luego subimos por otra

loma que en mi plano imaginario parecía inclinarse cuarenta grados. Este ascenso ininterrumpido me obligó a aferrarme a la silla del frente por el temor de que la fuerza de ese armazón con ruedas no resistiera la pendiente natural del terreno; un temor infantil que se confirmó más adelante, cuando el colectivo tuvo que retroceder ante un camión de gas volcado en la mitad de una cuadra. Quién sabe cuánto llevaba ahí, tumbado hacia un lado; daba la sensación de que la única manera de rescatarlo era deslizándolo calle abajo. En las instantáneas del trecho se exhibían letreros de oficios del barrio: se alquilan disfraces, se arreglan bicicletas, se arregla calzados, se venden cremas, minutos... Había gente, mucha gente, sentada en los balcones, en las tiendas, caminando por los callejones diminutos, subiendo escaleras, cargando niños; y en cada curva el altar de una virgen y un nuevo carro para torear en la estrechura. Bordeamos el Campo Santo de Villatina, un sitio que conmemora a las víctimas de una tragedia de hace veintisiete años, cuando un alud de tierra, arenosa y morena, se regó por las laderas sepultando a más de 500 personas. Subimos un tramo más, giramos a la derecha, y a las doce en punto llegamos al parqueadero de buses de Villatina.

El conductor me indicó que el local estaba justo detrás de los colectivos que a esa hora se apretujaban como si el espacio apenas alcanzara para los buses

de la empresa de transporte. Me adentré un par de metros esquivando los carros hasta que vi colgada en la fachada la escultura de una cabeza de hombre hecha con restos de cadenas, pedazos de máquinas de coser, tornillos y ojos artificiales —una parecida al ciborg de *Terminator*—, que remataba con el letrero de "Artes Crazy".

Caminé hacia la construcción de adobe, de apenas cinco metros de largo por cuatro de ancho. El cubo con tejas de zinc, mitad blanco mitad negro, adornado con letras de grafiti, tiene dos entradas. Una persiana metálica a la derecha corresponde a la entrada del taller de aerografía; la de la izquierda, ordinaria, a la del local de tatuajes. Entré por la ordinaria. La sala ocupa dos tercios del espacio y es de color azul mediterráneo. Desde la puerta se ve, al fondo, un sofá cama cubierto con una cobija lanuda de león y tres cojines rojos, el lobby donde los clientes esperan —y la cama donde Crazy duerme—, un auto deportivo de dos plazas pintado con aerografía y encima un cajón largo con cinco pares de tenis; al frente, la camilla de tatuajes que él mismo hizo con los restos de un tripode, alumbrada por una lámpara.

Una mujer —cara de niña, cabello largo, negro, chores cortos, uñas diminutas y azules— se arrellanaba en un puf inmenso —también azul—, ubicado al lado de la puerta. Evadía el sueño con mensajes de WhatsApp mientras Crazy dibujaba su nombre, L., enredado en

el signo de infinito y rematado por una pluma y una S en uno de los bordes.

—¡Hola! —me saludó L. al verme en la puerta.

—Mujer, te estaba esperando —dijo Crazy, y volvió hacia mí la cabeza.

La mujer con cara de niña me indicó con el celular que me sentara a su lado. Crazy, callado, dibujaba. El computador no cesaba de repetir las canciones de los zafarranchos de los noventa.

—¿Ese va a ser tu primer tatuaje? —pregunté para entrar en confianza.

—Sí.

—¿Y esa "ese" qué significa?
—¡Jum!, es una historia larga y yo soy muy sentimental —dijo mientras se le encharcaban los ojos.

—¿Y por qué te vas a tatuar con Crazy?
—Porque en el Centro me sale muy caro. Además, me lo recomendaron en el barrio.

—¿O sea que no lo conocías?
—Nooo, nunca lo había visto. Me lo imaginaba lleno de tatuajes, grandote, de dos metros. Y vea cómo es.

No mide dos metros. No está lleno de tatuajes. Bueno, no todavía. Tiene siete: un samurái solitario, un meteorito con el 666 incrustado, una frase en el brazo izquierdo: INMORTAL, otra en la pierna: *Just you and me*, y otros tres que se retoca cada tanto para corregir las líneas de las primeras agujas que picaron su piel.

Corría 1997. Crazy había decidido abandonar la escuela para no pedir la plata que a regañadientes le daba su

padre. Eso, y que aquella escuela enfrente de la Placita de Flores le parecía el lugar más aburrido del mundo. Por esos días bajaba del barrio caminando, se paseaba por los locales de tatuajes de La Playa y se sentaba donde lo dejaran mirar. Preguntaba por técnicas, tintas, diseños... hasta que lo sacaban. "No podés venir a mirar", le dijeron más de una vez. Las pesquias de tinta en locales ajenos lo empujaron a hacer su propia máquina: un motor de grabadora, una cuchara, un portaminas, un cargador de doce voltios, agujas y... vinieron los ensayos. Su propio local no lo adquirió tan rápido. Las tintas, la plata y todo lo que necesitaba para eso vendrían después de quince años.

—¿Cómo te parece? —dijo mientras le pasaba a L. el borrador del infinito.

—Esa ese se ve rara —dijo ella.

—Vamos a hacerla pegada.

—...

—¿Así?

—Me gusta más.

A la puerta llegó una pareja. Una mujer —trigueña, pelo reseco, ojos opacos— extendió su brazo y dejó ver cinco letras en tinta gastada. Su acompañante —alto, camisa a rayas, ojos grandes— tomó la palabra y dijo que lo que ella quería era tapar con otras letras esa palabra que ya no decía nada.

—¿Y qué nombre se quiere hacer? —preguntó Crazy.

—¿Cuál podría ser? ¿El de la mamá?
¿El del tío? ¿El del chiquito? —dijo el hombre.

—Sí, podría ser... cualquiera —respondió ella.

—¿Y qué dice ahí? —pregunté después de intentar descifrar las letras.

La mujer extendió de nuevo el brazo y dejó que leyera: ENOJO.

—¿Y por qué no lo cambias por algo que te guste? ¿Un animal? —dije.

—A ella le gustan los delfines, ¿cierto mamá?

—Sí, me gustan los delfines.

—Entonces será un delfín.

—Así cambias algo que no te gusta por otra cosa que sí —dijo Crazy.

—Y eso cuánto podría costar.

—Depende, lo mínimo son cuarenta.

—Listo. Después venimos —dijo el hombre, y se fueron.

Enojo, enojo, enojo. Me repetí esa palabra lo que quedaba de la tarde. Crazy dejó a un lado la hoja de L., se acercó al computador y dijo:

—Yo he tatuado cosas muy raras, extrafalarías, pero me parece egoísta decirles que no se tatúen lo que quieren —decía mientras esculcaba en las carpetas desordenadas algunas fotografías.

Un pubis con una boca roja que dice "Love", una enredadera de flores en una nalga, una muñeca agarrada del ombligo, un monstruo descerebrado que disimula un queloide, *Los padrinos mágicos*... Abrió otra carpeta. Contenía rostros con otras historia del barrio: el de Freddy Ramírez, un conductor asesinado en 2012 por negarse a pagar "vacunas"; y el de 'Cucharita', uno de los dos niños de quince años que fueron raptados y luego picados en octubre del mismo año.

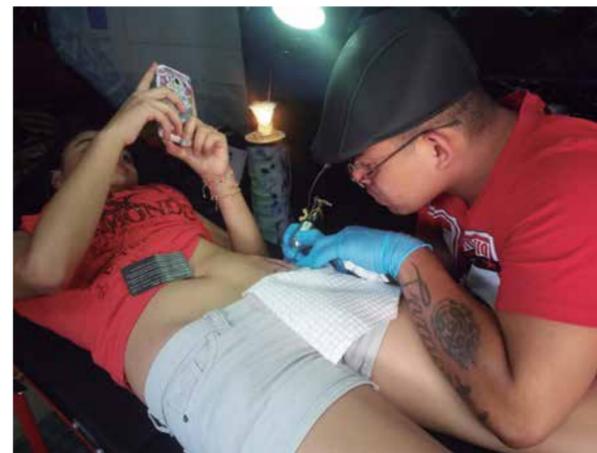
—Historias duras —dijo, y apartó el computador de la camilla.



'Cucharita'. Archivo personal.



Fredy Ramírez. Archivo personal.



El tatuaje de L.



Archivo personal.

Volvió al dibujo de L. Estaba terminado. Lo que seguía era la técnica. Retiñó con un lapicero las líneas del infinito, de la L., de la *ese pegada* sobre papel hectográfico. Le pidió a L. que le indicara dónde quería llevar el tatuaje y ella señaló un punto en el vientre. Untó con desodorante la zona elegida y luego repasó el papel sobre la piel.

—Este símbolo es lo que me une a mi novio después de perder a mi bebé. Tenía tres meses de embarazo —dijo L., y la mujer en ella se desvaneció para darle paso a esa cara de niña.

—¿Cuántos años tienes?

—Voy a cumplir quince —respondió mientras se acomodaba en la camilla. Extendió sus manos para tener la pantalla del celular de frente y escribió: "Ya va a empear" (sic).

El zumbido, como de enjambre de avispas, anunció que la máquina de tatuajes estaba encendida.

Un conductor de la empresa de buses de Villatina entró al local, se sentó en un butaco al lado de la camilla, saludó vagamente y se quedó un rato mirando el vientre de L., tratando de descifrar el símbolo. Como él, otros tres conductores fueron a saludar a Crazy esa tarde. Lo hacen con frecuencia de lunes a viernes, cuando él cambia la máquina de tatuar por la de aerografía y pinta esas líneas rectas y empresariales de los buses de la comuna ocho. Lo de la aerografía lo aprendió en tutoriales de *YouTube* hace seis años, cuando esas empresas, menos asépticas, le pedían que dibujara rostros como el de Anthony, un niño hincha del DIM, en la trompa de un bus de Villatina; o carros como ese Ford Mustang en la cola de un bus de Sol de Oriente. Regueros de tinta que ya desaparecieron.

Le dije a L. que tomara mi mano para soportar el pinchazo de las avispas que la tenían transpirando. Dejó a un lado el celular y cogió mi pierna tan duro que me hizo gritar. Tomé su mano, pequeña, y la apreté con fuerza.

—Ya casi, ya casi —le dije, aunque faltaba lo más duro: meter el blanco para darle relieve. Sus labios menudos se movían; se mordía la mano y cerraba con fuerza los párpados.

Crazy dio el último pinchazo, L. se bajó de la camilla temblando, se miró desde todos los ángulos en el espejo que quedaba al lado del baño y lo abrazó. La lágrima que guardó todo el tiempo por fin salió. Nos despedimos con un abrazo.

Crazy y yo por fin pudimos hablar un rato mientras comíamos *brownie* con leche y sudábamos el calor de la tarde acumulado en las tejas de zinc del cubo. Hasta que llegó E. sonriendo.

—¡A lo que venimos! —dijo, y sacó la imagen del atrapasuños.

—Lo único que veo raro —dijo E.— es que no sé de dónde colgarlo.

La discusión sobre el diseño giró en torno a cómo iría el clavo pegado de la piel: ¿En un marco? ¿En la pared? ¿En el aire? De algo se tiene que sostener. Llegaron a la conclusión de que un clavo sería más creíble. Siguió la técnica, la camilla, las avispas... Y mientras E. sudaba, yo supe que de allí saldría tatuada. De noche y sin enojos. UC



Bailemos salsa en Nueva Delhi

por CARLA GIRALDO DUQUE

Fotografías por la autora

Llevo varios meses viviendo en Nueva Delhi y ya conozco un poco sus protocolos de fiesta. Bueno, yo traía la idea de envolverme en un *sari*, decorar con *henna* mis manos, estamparme un *bindi* en la frente y empezar a bailar muy a lo Bollywood a la primera oportunidad. Pero el *sari* está reservado para las mujeres casadas y las *Bollywood Party* para Bollywood.

“No vas a querer ir a una rumba india —decían mis amigos—, la música es exageradamente estridente y no la vas a tolerar por más de diez minutos”. Pero curiosidad es curiosidad y necesidad de mover el cuerpo es necesidad de mover el cuerpo.

Los tentados fueron cinco hombres, los amigos con lo que comparto casa y gastos. Llegamos al lugar y en la entrada nos informaron que las parejas y las mujeres solas no pagaban. Los demás —hombres solos— 500 rupias. Algo así como quince mil pesos colombianos, pero en la realidad india representan mucho más, alrededor de cincuenta mil pesos según creo. Tragué saliva por los chicos: “Yo pago los *ricksaws* —mototaxis—, ¿bueno?”, dije, y salté adentro de la discoteca antes de que empezaran a divagar y se arrepintieran.

Aquí son escasos la rumba y el alcohol, y cuestan, pues no hacen parte de la tradición y son una especie de lujo extraño. Además, para algunos devotos de religiones como el hinduismo, el budismo, el islam, el sijismo, el yainismo, el zoroastrismo y el bahaísmo están vetados. Lugares como este, el Urban Paid, en el GK1, una de las zonas residenciales exclusivas del sur de Delhi, son relativamente nuevos.

—¿Te los imaginabas de vestido *punjabi* y *curta*, o qué?

—No, pero no sabía que estas mujeres ya domaban los tacones de doce centímetros y las minifaldas.

En el metro y la calle siempre van bien discretas y cubiertas. Pero el Urban Paid es un sitio para desentenderse de la fiscalización familiar. Es moderno, las paredes están decoradas con una mezcla de diseños indios y occidentales, iluminación rosa y violeta. Nada evoca a la India ancestral, pues hasta siete grabados en relieve y gran formato del *Kama Sutra* se liberaron dando un salto cuántico de lo autóctono a lo global.

La música estaba en un nivel decente y le sacamos gusto a bailar el *Tu Mera Hero* indio y a intentarle a los pasos del *Gangnam Style* coreano. Canciones de Bollywood también hubo. Cruce de miradas con uno que otro “trigueño de fuego”, sí, claro que sí. Nada de maharajás ni sultanes, pero “trigueños de fuego, ojos del desierto” al fin y al cabo, porque el cliché de lo “exótico” me convoca.

Y estos chicos bailaban muy de cerca entre ellos. ¡Muy de cerca! Incluso se cogían las manos y parecían coquetear unos con otros. Lo que también se ve en las calles: policías a la mano, obreiros, estudiantes... Nunca mujeres, solo

hombres. Un gesto de familiaridad, de amistad del alma. Y de erotismo reprimido. Tan dogmáticos a veces, tan inocentes y liberados otras. Y yo tan llena de preconcepos.

La escasez de chicas era evidente, pues las que había ya estaban emparejadas; y en lugar de grupitos de amigas, abundaban los de amigos que competían por los mejores pasos y coreografías. El más atrevido y extrovertido entrenaba a los demás.

Entonces comenzó a sonar *El ratón*, de Cheo Feliciano, que yo canté así de mal: “De Guatemala salió un ratón, oye, de Guatemala...”.

—Yo sé cómo es esto —me decía Shek entusiasmado—, hace un tiempo pagué por dos meses unas clases de salsa. ¿Puedo poner mi mano aquí, cierto?

—Sí, Shek, pero no tienes que estirar ni tensionar tanto los brazos ni las piernas. Eso, suéltalas un poco. Yo, empoderada de mi “latinidad”, repitiendo lo que tantas veces me han dicho los amigos paisas que se burlan de mi mal bailar. Shek tenía el rostro serio y concentrado, el cuerpo rígido, los movimientos exagerados. Me recordó las poses del tango. Yo disfrutaba, por primera vez, el sentirme más coherente y fluida que cualquier otro en el lugar. Feliz de que aunque la música fuera de El Gran Combo, Buena Vista, Héctor Lavoe, Cheo Feliciano, Oscar de León, Willie Colón, Rubén Blades, Joe Arroyo, no se tratara de Medellín, ni de Cali, ni de Cartagena; y de que mi querida Ana Restrepo no estuviera por ahí para decir: “Ay hermosa, divina, mirala cómo baila”.

Pero pasaron los minutos y empezaron a llegar parejas que no habían asistido a la misma academia que Shek. Salsa aeróbica, artística, aérea, ¿cómo se llama eso? No sé, pero daban vueltas, se cargaban y se deslizaban por el piso. Muchos entre ellos parecían profesionales, otros principiantes, pero disfrutaban. Me pareció que se movían muy bien. Pedro, un venezolano que nos encontramos, no tenía la misma opinión: “No lo gozan mujer, no mueven el culo, parecen compitiendo”.

Resumí con orgullo mi humilde posición de mala bailadora pero buena gozadora, y me dejé zarandear por un señor barrigoncito, de turbante y camisa azul. A mi cuerpo lo mallugó su ímpetu, pero mi corazón celebró que en un país donde el contacto físico con el sexo opuesto sigue tan vetado, la música que les llega de otras latitudes está haciendo su aporte para sanar la segregación.

La salsa y otros ritmos latinos no podrían haber nacido aquí, en un lugar en el que el salud nacional, el famoso *namaste*, que se caracteriza por la unión de las palmas de las manos a la altura del pecho y se puede utilizar como un “hola” y “chao”, se centra en el absoluto respeto por el espacio vital propio y del otro, evitando al máximo el contacto físico.

Mi amigo del turbante me dijo que para los bailes tradicionales están en



cine, los festivales, las bodas y los sitios para turistas. Pero que si lo que quería era salsa, había muchas academias para aprender, y que de martes a domingo podía ir a un bar diferente cada noche y aprovechar las veladas latinas que organizaban. Lo que no me dijo fue que esto es así solo en Delhi, Mumbai, Bangalore, Goa y otras áreas urbanas con una población más receptiva a lo “nuevo”, a lo “diferente”.

En la India profunda, donde la tradición es todavía ley viva, existen pocos bailes en pareja. Bailes que, haciendo un paralelo con Colombia, se aproximarían más al bambuco que a la salsa. Por ejemplo el *garba* y el *dandiya*, danzas de la región del Gujarat, al noroeste del país, en las que un círculo interno de mujeres y un círculo externo de hombres van girando, aplaudiendo o chocando unos pequeños bastones.

“Chicos, bailemos”, gritaba yo, pero nadie respondía. “Carla *san*, yo quiero dar esa vuelta. A ver, enséñame”, dijo Taku, soltando su cerveza y buscando mis manos hiperactivo. Me reí; tanto para él como para mí el cachete con cachete y pecho con pecho representaba tedio puro e “incomoda cercanía”. Fueron el movimiento rápido, las vueltas y todo lo que pareciera invocar vuelo, juego y diversión los que terminaron por convencerlo a él y a los demás de dejarse de preocupar por el sudor y lanzarse al desorden.

Recopilamos un paso a paso de salsa para *beginners*: lado-lado, adelante-atrás-adelante-atrás, mismo-sitio, vuelta 1, vuelta 2, vuelta 3, coqueteo y suelte a su pareja y muévase como quiera. A las 11:30 nos echaron, y ante la falta de otra opción, pa la casa. Nos fuimos pensando en las potencialidades que ofrecía ese “segmento de mercado”: “No hay un solo café abierto, no hay dónde comerse un sánduche ni matar, así sea con yogur”, decía Jordi. Entonces Oli contó que en Delhi, una metrópoli con cerca de veintitrés millones de habitantes, las universidades son de los pocos espacios despiertos a esa hora, pues durante este verano de cerca de cincuenta grados muchos prefieren usar las noches para estudiar.

Fuimos una caricatura. Tal vez fue Pedro, el venezolano, quien dijo que si los indios no saben mover el culo, los coreanos y japoneses no saben es mover nada... “¡Falso! ¡Falso!”, le dije, cada cual con su ritmo, celebrando con humor y amor el milagro de esta salsa que nos une.

—Carla *ji*, practiquemos —dijo Shek cuando llegamos a la casa, luego de nuestra última fiesta.

—¿Qué?

—Una salsa que sé que vas a amar —respondió, y fue apresurado a buscarla en *YouTube*. Regresó sonriendo.

La canción empezó a sonar... No era salsa, no era tango, era flamenco. El famoso *Señorita*, banda sonora de la película india *Zindagi Na Milegi Dobara*. Da igual, porque así la amé. ☺



UNIVERSIDAD EAFIT
Abierta al mundo

▶▶

POSGRADOS

EN LAS ÁREAS DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

▶ Maestría en Hermenéutica Literaria
SNIES 54790
Inscripciones para la 7ª cohorte

NUEVA ▶ Maestría en Comunicación Transmedia
SNIES 103484

Inscripciones abiertas a partir del 20 de agosto de 2014

Conozca nuestra oferta en:
www.eafit.edu.co

POSGRADOS

EAFIT EN COLOMBIA
Programas propios y en convenio nacional e internacional
Línea de atención al usuario: (4) 4489500

Medellín | Llanogrande | Bogotá | Pereira
Línea gratuita nacional 01 8000 515 900
posgrados@eafit.edu.co

Mi abuela era una excelente homeópata, para cualesquier mal ella recetaba un guaritío.

Que uno es bueno para el dolor de tripas pero no quita el hambre, que es recomendable uno en la tarde para el corazón pero no cura el mal de amores, que uno, bien bogao, es bendito contra el dolor de cabeza pero que muchos borran la entendederá. Qu'el guaritío lo pone a uno contento pero que no da la felicidad.



EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD LEY 30 DE 1986
PROHÍBASE EL EXPENDIO DE BEBIDAS EMBRIAGANTES A MENORES DE EDAD LEY 124 DE 1994

WHITE FLAMINGO



El reloj era un pequeño astro que parecía alumbrar en el lobby del hotel solo para atraer a Mariela. El hombre lo llevaba en la muñeca izquierda. Era contundente y pesado como las latas de pomada de mentol que vendían en las tiendas del odioso barrio donde había nacido.

Por una docena de noches después de haber salido de la clínica, Mariela había pensado en regresar a aquel agujero. Se había visto sonriendo, mostrando su nuevo cuerpo, trabajado a la perfección en el gimnasio de su apartamento en el *commodore*. Vivía allí por ese entonces con Caliche. En su fantasía Caliche pasaba una mano por su cabello mientras hacían fila en una droguería de su viejo barrio, adonde habían ido a comprar aspirinas. Cabello, sí. Pelo tenían los pordioseros que recogían cartones cerca de las fábricas de ropa a la vuelta de su casa. Lo de ellos era una mata seca, genital, como si llevaran un animal muerto encima de la cabeza. Lo suyo, lo de Mariela, era cabello. En diferentes épocas se lo había teñido de rojo, negro azabache, con iluminaciones, incluso se lo había pintado de púrpura. La primera vez que se lo tinteó en una diminuta peluquería de Hialeah fue de rubio, por supuesto. Había sido su sueño desde la infancia, cuando miraba los afiches de Úrsula Andress en los cines del centro. A los doce años intentó decolorarse el cabello en el patio pero su madre llegó justo cuando tenía el frasco de agua oxigenada en la mano. Se lo arrebató y le pegó una cachetada que le dejó el labio superior hinchado. Quizás por esa razón lo llevó de rubio por tanto tiempo, cuando al fin se le presentó la oportunidad.

Mariela había tejido una red de contactos en los hoteles más grandes de la ciudad. Unos billetes aquí y otros allá, a una recepcionista en el Conrad, el Loews o el Victor, bastaban para obtener la información que necesitaba: marcas, colores, señas particulares. Si doblaba la propina podía saber la referencia exacta de cualquier pieza apetecible. Caliche, su primer marido, le enseñó que ciertos relojes —digamos un Rolex Daytona o un Breitling Navy Timer— eran una adicción tan poderosa como las pastillas para dormir. Según él, nadie podía mostrar su Ferrari en la mesa de un restaurante o los cuadros que estaban colgados en su mansión en Key Biscayne en plena pista de baile. En cambio, una edición especial de un Cartier Santos podía exhibirse discretamente mientras se estudiaba un documento o se firmaba un cheque

en una reunión de trabajo. Para los hombres poderosos y realmente adinerados, comparar relojes era como comparar vergas en un baño durante la adolescencia.

Mariela aterrizó en el oficio de negociar relojes de alta gama después de pasar por toda la cadena de trabajos para inmigrantes. Había lavado patios, repartido volantes, cambiado pañales a viejos sin dientes, servido tragos. Encontró una nueva manera de ganarse la vida hacía ya diez años y ahora tenía la impresión de que por fin una época dorada estaba por llegar. Sí, los buenos tiempos se aproximaban. Sus contactos en los hoteles la conocían bien. Cada mes les llevaba un ejemplar de la revista *Men's Watch Collector* para que distinguieran las marcas que valían la pena. Cuando la avisaban de la llegada de un alto ejecutivo de una multinacional, o del hijo del dueño de una fábrica de cerveza, o del gerente de una aerolínea, o algún otro que llevara un gran reloj en su muñeca, Mariela aparecía por el hotel en menos de una hora. Entonces, armada de la información necesaria, se acercaba a sus posibles clientes y, con discreción y gracia, les ofrecía sus servicios de *dealer*. Para no asustarlos los abordaba en lugares públicos, como ahora pretendía hacer con aquel hombre en el lobby del Ritz Carlton de Coconut Grove. Si los clientes tenían un carácter afable y ganas de conversar, Mariela lanzaba un pequeño anzuelo mientras señalaba el reloj que le interesaba. «Qué casualidad», les decía, «mi marido tiene uno exactamente igual».

Sabía cómo mentir. De otra forma no habría podido abrirse paso en Miami, saltar como una rana en un charco de la mísera Hialeah a la mediocre Kendall y después coronar la deslumbrante Miami Beach. De sus dos maridos, solo Leandro, el segundo, un argentino que conoció en una subasta, estaba vivo. Si se había interesado en los relojes por Caliche, era a Leandro a quien le debía su refinamiento. Gracias a él sabía de vinos, puñales y hasta de estampillas. Leandro le enseñó a repetir Pollock, Warhol y Basquiat en los cocteles. Incluso trató de despertarle el amor por los cigarrillos, su gran pasión, pero no lo logró. Leandro le decía que era una mujer perfecta para un Rosa Cuba Media Noche. Con el tiempo su aliento se volvió insoportable. Por esa razón se separó de él y desde ese entonces no había salido en serio con nadie.

No extrañaba a Leandro. Por lo menos no de la manera en que extrañaba a Caliche. Había sido tan bueno: fue él quien se ofreció a pagar por todas las

cirugías. Caliche había estado viviendo en Miami desde finales de los años setenta. Era piloto. Se conocieron en el Club 1235, donde Mariela trabajaba sirviendo cocteles. A la semana de haberle contado ella su secreto empezaron a compartir una cama. Fue como si al conocerla se hubiera activado un poderoso mecanismo oculto en ese hombre de manos gruesas, un mecanismo que solo se detuvo al morir.

En el lobby del Ritz, a la espera de que su posible cliente terminara su llamada telefónica, Mariela se acordó de la muerte de Caliche en un restaurante de pollos. Era lo único que no había podido olvidar de la época en que había sido un don nadie en Colombia: el pollo asado con papas saladas y ají casero. Por esa estúpida debilidad lo mataron. Tan pronto como terminó el funeral, Mariela decidió esconderse. Aquella balacera fue el campanazo de alerta. No se había arriesgado a comenzar una nueva vida para que la encontrarán en un callejón, en la noche, con las vísceras afuera.

Se llevó los dos relojes Omega de Caliche. Cuando el hombre colgara el teléfono pensaba usar una de sus tácticas infalibles. Era muy simple. Consistía en entregarle al cliente su tarjeta personal y después estirar su brazo con pereza para que viera su Rolex Submariner dorado. Un reloj de hombre en la muñeca de una mujer ponía calientes a muchos tipos, en especial si era uno de dieciocho quilates sobre una piel cobriza de nacimiento, como la de Mariela. Nunca tenía sexo con sus compradores. Era un regla. Había aprendido hacía mucho que había que tener una regla por lo menos, si no quería errar el rumbo. La rompió solo una vez, con Leandro, después de tener por seguro que ninguno de los dos se iba a llevar una sorpresa. Odiaba las sorpresas. Se había blindado por todos los costados para mantenerlas lejos de su vida. Por eso, cuando vio al hombre colgar el teléfono, le dieron náuseas al reconocer la pulsera de cobre con dos iniciales que llevaba en la otra muñeca.

Sin esperar a que se diera vuelta, Mariela caminó al bar del hotel y pidió una *crème de menthe*. Luego de media hora a solas y un segundo trago, fue hasta la recepción. Le pasó a Xiomara un par de billetes. Siempre llevaba un buen fajo de billetes nuevos que un amigo de un banco le reservaba. Era muy importante darles a sus contactos billetes recién impresos, crujientes como galletas de soda, para que no tuvieran la sensación de estar haciendo algo incorrecto. Todos esos años en la calle le habían enseñado que los billetes viejos y grasientos creaban un sentimiento de culpa que tardaba mucho en desaparecer.

El tipo se hospedaría en el hotel por cuatro días, le dijo la recepcionista. Se había registrado bajo el nombre de Alfonso Duque.

Duque se quedó un buen tiempo mirando sus pies. La mancha de humedad del empeine derecho era más grande que la del izquierdo. Está bien, había sido un día largo, pinos, aeropuerto, agencia de alquiler, aeropuerto, palmeras, pero aun así Duque no entendía por qué uno de sus pies sudaba más que el otro. Odiaba el té con leche, las mañanas calientes, los viejos que lloraban, odiaba tantas cosas, pero por encima de todo odiaba tener que haber regresado a esa ciudad y que los pies le sudaran. Después de lo que pasó, había evitado ir a Miami una y otra vez a pesar de la gran cantidad de trabajo que se presentó desde los años ochenta. A cambio aceptó arreglar asuntos en Colón, en Lima, en un par de islas de las Antillas, incluso aceptó ir en pleno invierno a Budapest a encargarse de una rueda suelta, alguien con iniciativa propia. Pero ahora Ramiro lo había mandado de vuelta a Miami. Duque supuso que con la vejez de Ramiro habían llegado los caprichos, los malos olores, la locura incipiente.

Cuando lo metieron a la cárcel su jefe tenía cincuenta años y uno de esos cuerpos inmensos cuadrados y que dificultaban las cosas más corrientes, desde

por ANDRÉS FELIPE SOLANO

Ilustraciones: Tobías

compartir un ascensor hasta sentarse en la taza del inodoro. Ahora, diez años después, Ramiro parecía como si estuviera hecho de papilla verde. El último mes de reclusión lo gastó llenando tres páginas con las cuentas pendientes. Se la mostró a Duque la primera noche en que se vieron en la casa de la montaña, una de las pocas propiedades que no le confiscaron. «Para poder empezar de nuevo tenemos que barrer todo el camino», le había dicho con un cigarrillo y un vaso de jugo de guanábana en la mano. El primer nombre en la lista era el de Jairo.

Duque entendía el afán higiénico del viejo, pero no comprendía por qué había que ir tras Jairo después de todos esos años. Cuando regresó de Miami sin él, tuvo muchas veces la misma conversación con su jefe. «Desapareció. No lo encontré en su cuarto y nunca llegó al aeropuerto. Eso es todo lo que le puedo decir.» Ramiro le creyó palabra por palabra pero también le dejó en claro que era responsabilidad de Duque estar pendiente de su compañero y que por lo tanto algún día tendría que encargarse de cerrar el círculo. A Ramiro le gustaban las circunferencias, la luna llena, el aro que dibujaban las aspas de un ventilador. A Duque le gustaban las líneas paralelas, los matrimonios que duermen en camas separadas hasta el final de sus vidas, las autopistas.

Buscó un par de medias limpias en su maleta, se las puso y se volvió a tirar en la cama repleta de almohadas. Estaba en un hotel de cuatrocientos dólares la noche. Duque había administrado con cuidado el dinero de Ramiro, todavía les quedaba suficiente para una jubilación decorosa. No le cabía en la cabeza por qué carajos estaba empeñado en explorar una nueva línea de trabajo a estas alturas y mucho menos el desquiciado plan que le propuso. Duque había comprendido si estuvieran hablando de oro, o plata, o esmeraldas, pero no, el viejo Ramiro se había hecho a la fuerza con un terreno de varias hectáreas que contenía unas rocas de color gris metálico. Coltán. Le puso una muestra en la mano cuando estaban metidos en el jacuzzi y le explicó que la mina estaba cerca de la frontera con Venezuela. Tenían que ir hasta allá, excavar y sacar el material en barco por el río Orinoco, después transportarlo en camiones hasta Bogotá y desde ahí llevarlo a un puerto.

Ramiro era un hombre aplicado para los negocios: ya tenía un contacto en Alemania y otro en China. Duque tendría que ponerse al frente de la operación a campo abierto. Quería odiarlo por semejante cosa, odiarlo con la misma intensidad con la que odiaba los manteles de plástico o los coches para bebés (no necesariamente los bebés), pero lo cierto es que Ramiro lo había mantenido con vida. Le había regalado una vida. La lealtad a ese hombre de pelos extremadamente largos en las teñillas, ahora canos, lo había llevado de vuelta a Miami. Por Ramiro, Duque estaba tirado en una cama *king size* del Ritz Carlton, con el estómago medio descompuesto después de comer unas costillas de cerdo con puré de papas sin tener suficiente hambre.

Cerró los ojos por unos momentos y trató de reconstruir el hotel al que llegaron esa noche lejana con Jairo. Quedaba en el centro de la ciudad, de eso estaba seguro. ¿Cuál era el nombre? Sí, el White Flamingo. Duque tenía una excelente memoria, tomaba decisiones con rapidez y se adelantaba a las consecuencias de sus acciones como los esgrimistas o los escaladores profesionales. En su negocio no solo bastaba cuidar las manos y los ojos, también había que proteger la cabeza. Otros, mucho más jóvenes que él, se arruinaron muy pronto a punta de fiestas con putas, coca y aguardiente. Quizás por eso le fastidiaba tanto aquel descuido de principiante. Cuántas veces se lo había repetido, debió tomar una habitación para compartir en lugar de dos cuartos separados, pero Jairo insistió, dijo que la plata le alcanzaba y no quería pasar la noche en vela por culpa de sus ronquidos. La gente pensaba que solo los gosos roncaban, pero eso no es cierto para nada,

Duque había roncado toda su vida a pesar de ser flaco como una varita de incienso. Estaba seguro de que tenía que ver con su prominente manzana de Adán. Nunca se había acostumbrado a ella, cada vez que se quedaba viéndola de reojo en el espejo le parecía que era como una segunda nariz pegada a su cuello. Duque también la odiaba, como odiaba el ruido de los buses en la madrugada, las caras muy redondas o la carne molida.

Finalmente la visión de las medias sudadas lo venció. Se levantó y las tiró a una caneca de metal. Se quedó un momento de pie, tocando el membrete de una de las hojas que estaban encima de un pesado escritorio. Pasó el dedo por la cabeza de un león dorado y trató de sentir su lengua diminuta. El rencor, Miami, un clavo de metal en la rodilla que le dolía de vez en cuando, desaparecieron por un momento ante el hecho de estar en un hotel que todavía se preocupaba por esa clase de detalles. Se dio cuenta del calizador antes, en el baño, cuando orinó un chorro de un amarillo intenso, casi naranja por culpa de las vitaminas que había empezado a tomar. En algunos hoteles, incluso de los mejores, los calzadores y el papel membreteado eran cosas del pasado. En su lugar ofrecían conexión ilimitada a internet.

Se felicitó por haber solucionado con prontitud lo de la herramienta. Ya la tenía en su manicartera, que había comprado a mediados de los ochenta, bien envuelta en un pañuelo para que los bordes no se marcaran sobre el cuero. Mañana tendría que empezar a preguntar por Jairo. Ramiro todavía tenía ojos y oídos en todas partes. Antes de que Duque tomara el vuelo su jefe le dio varios contactos, gente retirada que pagó pequeñas condenas a cambio de sus bienes y se quedó a vivir en la Florida como personas respetables que habían dado un mal paso en la juventud. De un tiempo para acá, el negocio se lo había tomado un grupo de clanes pequeños y ya nadie sabía quién era la cabeza. Era como un nido de cucarachas: apenas alguien encendía la luz salían corriendo en todas las direcciones. A lo mejor el viejo Ramiro tenía razón, lo indicado era arriesgarse con algo novedoso, con las piedras, con el coltán. «Hay que apostarle a la tecnología, mijo», le había dicho a la salida del jacuzzi donde lo esperaba dormido Óscar, su perro terrier de toda la vida, ya diezmado por la artritis.

Duque encendió el televisor. Había aprendido algo de inglés años atrás, cuando le tocó esconderse en la casa de un primo que vivía en Jersey City. Le gustaban las voces de los comerciales gringos. Una de esas voces sonrientes, luminosas, lo iba a recibir a las puertas del infierno, estaba seguro. Después de un anuncio de yates, la gran esfera de metal que vio con Jairo en aquel diciembre de 1982 apareció en la pantalla. La reconoció de inmediato. Habían viajado desde Miami hasta Orlando en un auto alquilado para festejar el final del trabajo. Otra gente celebraba en burdeles, ellos preferían hacerlo en un parque de diversiones, sobrios, tan contentos como una pareja de amantes. Se cumplían treinta años desde que fue abierto al público. Duque trató de pronunciar el nombre del parque pero se enredó. Le dieron ganas de ir a Orlando otra vez. Hizo algunos cálculos. Podía permitirse un día de espera para empezar a buscar a Jairo. Satisfecho con su razonamiento y con el estómago por fin en paz, Duque se fue durmiendo poco a poco, sin apagar la luz, con la ropa puesta. Esta vez sus propios ronquidos no lo despertaron como solía pasar cuando estaba muy cansado.

Pagó la entrada en la taquilla. Con la boleta le dieron un folleto en varios idiomas. Atravesó un jardín y se encontró de frente con la esfera de metal. A su lado, una pareja joven le tomaba fotos como si se tratara de una catedral o una pirámide. Decidió buscar una banca para sentarse y verla con tranquilidad. Tuvo que ir hasta la orilla de un lago. Lo recordaba a la perfección. Se podía abordar un barquito y dar una vuelta al mundo en media hora. Había construcciones que representaban a México, Francia, Japón, China, Italia, Canadá. Se preguntó si Canadá era tan importante, si existía algo así como la civilización canadiense. Por fin una anciana y su marido dejaron un sitio libre. El hombre le sonrió, una teñilla blanca cubría uno de sus ojos. Se comportaba como un niño al lado de su mujer. Al sentarse Duque notó que sus pies habían empezado a sudar otra vez. En el carro tenía un par de medias de repuesto que compró en un supermercado cuando hizo una parada para llamar. No tenía teléfono celular. Nunca había tenido. El coltán servía para hacer celulares y computadores más livianos, le había explicado Ramiro. No entendía por qué a la gente le gustaba que todo pesara cada vez menos. El amaba sus relojes y sus herramientas tal como eran. En casa tenía cinco, de diferentes calibres, aunque no las había usado en los últimos tiempos. Ahora que Ramiro estaba libre, las había tenido que sacar del garaje para engrasarlas. «Una cosa es el ocio en la cárcel y otra cosa es el ocio por elección. Ese ocio es dañino», le dijo Ramiro al mostrarle un mapa con la ubicación exacta de la mina. La señaló con su índice. Sus dedos eran cortos, chatos, como de enano. «Tenemos que contratar indios, algunos colonos, no muchos. Mejor indios. Si no quieren trabajar hay que hablarles claro. El ocio mata.»

Duque se imaginó los campamentos, el agua marrón, un montón de indios sin camisa sacando las piedras. No estaba seguro de poder comenzar de nuevo. Tendría que encontrar fuerzas suficientes para mantener conversaciones en cafeterías de pueblos desolados en mitad de la selva, llenos de gente mustia, hambrienta. Tendría que hallar la confianza perdida para poner sin vacilaciones un revólver encima de la mesa, al lado de una botella de cerveza y una empanada fría. Tendría que dar órdenes. Se sintió cansado. Los hombres le pesaban como si llevara un saco de arena a cuestas.

Todavía tenía el folleto en la mano. Le dio una mirada. Contaba la historia del parque y de la esfera, que representaba una nave espacial. La historia de las comunicaciones, ese era el tema del recorrido que se podía hacer en su interior. En una de las hojas encontró las primeras palabras del guión original, narrado por un actor: «¿de dónde venimos, hacia dónde vamos? Las respuestas están en nuestro pasado». Una de las cosas que más le gustó a Jairo fue la imagen de una secretaria con el pelo recogido, sentada en una oficina frente a una pantalla. Lo pudo ver, sonriente, buen estudiante, moreno, con una piel tan suave como la de una mujer. Jairo nunca tuvo que afeitarse, no le salía ni un pelo en la cara. Se habían conocido en el colegio. Sus padres tenían las mejores casas del barrio. Viejas pero grandes, con muchos cuartos y una terraza. Les gustaba montar en moto, la música pop americana: Chicago, Foreigner, Toto. Jairo cantaba bien.

Ramiro los encontró recostados sobre su moto, con una bolsa de mango con sal en la mano y media botella de aguardiente. Estaban dando una vuelta por las colinas a las afueras de la ciudad. Habían subido a ver las columnas de humo que se alzaban en la tarde. Ese día Ramiro iba con Galindo, un sargento de la policía al que más tarde sus enemigos ahogaron en una alberca. El trato que Ramiro les propuso fue





simple. Si aceptaban les daría una moto nueva. «Esa está muy viejita. Ustedes se merecen algo mejor, con estilo, una Kawasaki», les dijo sin bajarse de su camioneta. Lo pensaron esa noche en la terraza y al otro día llamaron al número que Ramiro les dio. No hubo problemas con ese primer encargo, solamente tenían que transportar una bolsa pesada que parecía estar llena de martillos. Eso era todo. Después Ramiro les propuso otro par de cosas con las que cumplieron a cabalidad. Al año de estar trabajando para él, Ramiro los invitó a una finca llena de cultivos de plátano, donde Galindo les enseñó a disparar al lado de un tanque gigantesco de agua. Aprendieron rápido, sobre todo Duque. Jairo simplemente lo imitaba. Solucionaban cosas sin dejar rastro, a tiempo, como una pareja de buenos plomeros o de expertos albañiles. Se hicieron conocidos en la ciudad. Los respetaban. Nadie los molestaba por irse temprano de las fiestas. Entonces Ramiro les propuso que viajaran a Miami.

Les encargó que sacaran del camino a un colombolbanés que se estaba lucrando de su negocio. Lo hicieron en un centro comercial, a plena luz, sin que les temblara la mano. A la siguiente mañana se fueron a comprar tenis y después alquilaron el carro. Jairo llevaba una cámara desechable. Eso era precisamente lo que le gustaba a Ramiro de ambos, que olvidaban pronto y eran capaces de seguir con su vida como si nada hubiera pasado.

El folleto también mencionaba al tipo que escribió el primer guión del recorrido por la esfera. Al parecer era un escritor famoso, se llamaba Ray Bradbury. Duque recordó la escena del recorrido casi al final: un niño frente a un computador personal en su habitación. Estaba solo pero acompañado al mismo tiempo. Así se había sentido Duque desde que no volvió a ver a Jairo. Mientras pensaba en todo eso, alguien se sentó a su lado.

Era una mujer elegante, un poco menor que él, quizás muy maquillada. Parecía estarle pidiendo algo a la esfera de metal con la misma intensidad que la gente le pide un favor a un cristo sangrante en una iglesia. Oía bien, pensó Duque. Un momento después la mujer se paró y Duque trató de ver sus piernas, pero se perdió rápido entre la muchedumbre. Un grupo de turistas con las caras rojas lo hizo desistir de hacer la fila para entrar a la esfera. Ya no quería ver el futuro. En todo caso ya lo había visto. Era muerte y destrucción.

Miró por última vez la extraña superficie de la estructura. Le pareció que estaba hecha de coltán. Antes de abandonar el parque compró un *snow globe* con la figura de la esfera.

En lugar de prender el aire acondicionado, Duque manejó de regreso a la ciudad con la ventanilla abierta. Paró en una estación para orinar y hacer una llamada. Otra vez el chorro turbio, anaranjado. Al cruzar un puente pensó con intensidad en aquella mujer, en su forma de sentarse, con la espalda totalmente recta, en su cuello alargado, en su fino perfil, y gradualmente el círculo empezó a cerrarse ante sus ojos.

Estuvo de regreso en el hotel antes de que cayera la noche. Se duchó y se cambió de ropa. Bajó al lobby con su manicarera. No le importó que su pantalón estuviera arrugado. En el restaurante pidió una sopa de tomate, no podía comer más. En la recepción le preguntó a una empleada por la dirección del White Flamingo. La mujer tardó un rato en responder, no parecía muy ágil con el computador, pero finalmente le dijo que estaba a veinte minutos en carro.

Mariela recibió una llamada justo antes de meter los pies en agua tibia. Le había puesto una pizca de sulfato de magnesio, otra de bicarbonato sódico y un chorrito de glicerina. Era Xiomara. Le informó que el señor Alfonso le acababa de preguntar por una dirección en el centro y después había salido del hotel. Cuando la recepcionista le dictó el nombre del lugar, Mariela se estremeció. Dios, primero la esfera de metal y ahora esto. Había querido hablarle en la banca pero no fue capaz. ¿Cómo se empieza una conversación después de treinta años?

No iba a aplazar más lo inaplazable. Obviamente él sabía que ella lo había seguido. Era hora de oír de nuevo la voz de su adolescencia, de preguntarle por qué llevaba todavía en la muñeca esa horrenda pulsera de cobre que le regaló Ramiro, como si se tratara de un grillete.

Encontró un sitio de parqueo con facilidad. Antes de abandonar la camioneta se retocó el maquillaje. Después caminó hasta el hotelucho donde había enterrado su vida anterior. Un hombre tras una ventanilla, pálido y ojoso de ver tanta televisión en la oscuridad, le indicó el número del cuarto. No tuvo que darle un billete nuevo, uno viejo y graso fue suficiente. En el último momento, frente a la puerta, Mariela miró sus uñas y le pasó un frío

por la espalda igual al que sintió la madrugada en que salió de ese mismo lugar, con una pequeña maleta en la mano. Golpeó con fuerza.

Sintió los pasos y segundos después la puerta se abrió. No había visto las bolsas debajo de sus ojos cuando estuvieron sentados en la banca. Tendría que recomendarle caléndula. Duque le dio la espalda y volvió hasta la silla marrón donde estaba sentado. Su colonia se mezclaba con el olor a cigarrillo y a semen rancio de la habitación. Nada había cambiado en ese sitio cochambroso. Mariela se sentó en una esquina de la cama, con el bolso en el regazo. Tenía unas medias veladas negras reforzadas en el talón, lisas, caras. Su primera intención fue alisar la colcha pero se contuvo. Afuera se oían los pitos de los carros, la alarma de una joyería. La luz de neón del White Flamingo entraba en oleadas por la ventana. Duque fue el primero en hablar.

—Creí que era uno de esos cuentos de barrio pero resulta que es verdad.

—Pues ya ves.

—¿Cómo te llamas ahora?

—Mariela.

—Qué nombre más feo.

—¿Y qué tal Alfonso?

—Era el nombre de mi abuelo.

—No lo sabía. Sigue siendo horrible.

La voz de él todavía era imponente, melodiosa y grave al mismo tiempo, casi tan bella como la del sacerdote que daba misa en el colegio donde estudiaron. Mariela se había confesado muchas veces con él solo para oírle la voz.

—¿Ya viste a Ramiro? Me imagino que por eso estás aquí.

—Ahora quiere hacer negocios con minerales, con una roca que se llama coltán.

—¿Es una piedra preciosa rara o qué?

—No, para nada. Sirve para hacer chips. Celulares, computadores, vainas para carros, esas cosas.

—¿Qué ganas de trabajar las de Ramiro.

—Yo sé. Le dije lo mismo. Él todavía tiene mucha plata, ¿sabes?

—¿Y tú? ¿Tienes plata? ¿Te casaste?

Duque no respondió. Se miró los zapatos. Le parecieron viejos. Los movió como si tuviera hormigas dentro de ellos. La impaciencia le ganó a Mariela. Quería comandar la conversación.

—¿Cómo me reconociste? ¿Por mi boca, mi cuello? Siempre me quisiste dar un beso pero nunca fuiste capaz. Créeme que lo ibas a hacer ese día, antes de que conociéramos a Ramiro.

—Yo no soy marica.

—Yo tampoco. Soy una mujer, mírame. ¿Ves una cosa diferente acaso? Siempre lo fui aunque tuviera que aguantar unos años. Duque se removió en su silla. Estaba incómodo. Puso los codos sobre sus rodillas, se pasó una mano por el pelo. Miró a Mariela fijamente.

—Mierda, tenías todo planeado, por eso te pusiste feliz cuando nos dijo que teníamos un trabajo aquí.

—Estás muy equivocado. La idea de escaparme se me vino a la cabeza esa noche, en este sitio. Pasó, simplemente pasó, acéptalo. No quise emproblemarlo con Ramiro. Lo siento.

Mariela sabía que era tarde para las disculpas pero no quería huir otra vez. Lo había extrañado todo ese tiempo. Por eso lo había seguido. Debió haberse dicho en ese momento, quizás entonces Duque le habría creído.

—En el barrio decían que te habías operado para escapar de Ramiro, para que nunca te pudiera encontrar. Podías haberte ido a cualquier otra parte. Este país es muy grande. No tenías por qué hacerte todo eso.

Duque señaló vagamente su cara, su pecho y por último su entrepierna.

—¿También te operaste ahí?

—No has entendido nada. No me operé para huir de Ramiro. ¿No te acuerdas de Roberta Close?

—Obvio que sí.

—Te parecía bonita, dilo sin pena, súper bonita. Yo creo que me parezco mucho a ella. Mira lo largas que tengo las piernas. —Mariela las estiró de medio lado y aprovechó para mirar sus tacones negros—. Mi voz siempre fue un poco aguda.

—Si hubieras nacido con una manzana de Adán como la mía no hubieras podido hacer nada.

—Me imagino que la sigues odiando. odias tantas cosas. Yo me largué para no seguir odiando. —Alzó la vista de nuevo—. Excepto ese parque, supongo. Todavía te gusta, ¿no?

—¿Y tú? ¿Por qué me seguiste? ¿No te dio miedo? ¿Por qué viniste?

Duque estuvo a punto de decirle Jairo, pero se cortó. Los dos estaban cansados. Las momentáneas ganas de jugar se extinguieron.

—¿Sabes por qué? Porque todavía me acuerdo de esa regla pendeja que prometimos cumplir.

—¿Cuál? —preguntó Duque con curiosidad genuina.

—Tú sabes bien cuál. Tú la pusiste. Nunca matar a una mujer. Me pareció una bobada pero tú siempre insististe. Me decías que por lo menos teníamos que tener una regla, una sola regla.

Mariela se paró. Se había puesto nerviosa después de ver los ojos de Duque, sus pupilas dilatadas.

—¿Qué vas a hacer? Podrías quedarte aquí, conmigo. Ramiro no tiene tanta influencia como crees. Solo en ti. ¿Quieres volver a picar unas putas piedras? No tienes nada allá. Nada. Podríamos ir a Los Ángeles. A los actores les fascinan los relojes. Podrías ayudarme a buscar una referencia de Patek Philippe. La 3449. Solo hay tres en el mundo. Si la encontramos no tendríamos que trabajar ni un solo día más.

Duque no dijo nada. La luz de neón entró por la ventana y le iluminó media cara. Mariela miró hacia la manicarera y repitió la pregunta.

—¿Qué vas a hacer, Duque?

Por un momento dudó. Pero la esfera de metal vino en su ayuda. Le habló. Vio el futuro a sus pies una vez más. Era muerte y destrucción. Sacó el revólver. La pulsera de cobre brilló. Disparó en el centro del pecho, en medio de las dos prótesis, debajo de la arteria agolpándose en su cuello. No fue capaz de pegarle un tiro en la cara, como le había ordenado Ramiro.

La selva lo esperaba. Ahora más que nunca tendría que seguir tomando vitaminas. No llevaría medias, pensó. Caminaría descalzo. ☘

White Flamingo hace parte de la antología que publicó en abril pasado la revista *MqSweeney's* en Estados Unidos. Literatura criminal latinoamericana.

MUSEO D ANTIOQUIA

SALÓN de Maravillas

¿Qué es lo más raro que se puede coleccionar? ¿Qué tal nombres? En los años 70, Enrique Posada se dedicó a recortar y compilar los más curiosos que encontró en la prensa, en unas extrañas combinaciones de creatividad y flamantes apellidos locales: Lord Heidegger Medina, Helverdaruih Flórez, Blagoiev Villegas, Habacuc Vásquez, Esmaragdo Marín y América Dolores. ¿Sorprendente? Pues vengan al Museo de Antioquia, porque tenemos un Salón de Maravillas lleno de estas cosas.

Para la reciente exposición, el Museo convocó a coleccionistas anónimos de cualquier tipo de objetos -lo que fuera-, que quisieran sacar su pasatiempo a la luz. ¿Qué propuestas llegaron?: arena, billetes de lotería de todo el mundo, placas de carros, botellas, monedas, juguetes, radios y un largo etcétera de rarezas acumuladas durante años. A partir ellas, fueron seleccionadas las que harían parte del Salón de Maravillas.

La exposición no solo inició con los nombres de Enrique Posada. También hay allí una selección de dos colecciones de automóviles a escala. La primera es de Alejandro Zuleta, que durante 20 años ha conseguido unos 700 carros; la segunda es de Felipe Posada Lalinde, quien además colecciona discos LP, dioramas, estampas, cámaras, pipas y libros. Pronto, al Salón llegarán 20 triciclos de Humberto Tamayo.

Quizá la colección más rara que se haya imaginado no sea tan rara como nuestro Salón de Maravillas. ¿Vienen?

¡DE COLECCIÓN!

ADQUISICIONES 2011-2014

Compártenos fotos de tus colecciones en nuestras redes sociales

[f /museoantioquia](#)

[@museoantioquia](#)

www.museodeantioquia.co

Acceso a los servicios públicos

- Habilitación de servicios públicos en viviendas
- Agua prepagado (proyecto en desarrollo)
- Energía prepagado

Mejor calidad de vida

- Energía en todos los rincones de Antioquia
- Soluciones de potabilización de agua en escuelas rurales
- Expansión del Gas natural a los municipios de Antioquia

Gestión ambiental

- Educación ambiental
- Construcción de viviendas con el aprovechamiento de recursos naturales
- Estaciones de gas natural vehicular

Oportunidades para progresar

- Crédito para adquirir productos que mejoran la calidad de vida
- Contratación a través de Juntas de Acción Comunal - JAC

Educación y cultura

- Habilitación de internet en la red de bibliotecas
- Becas para la educación superior
- Espacios para la transformación social y cultural - UVA

Innovamos al servicio de la gente.

epm

energía | gas natural | aguas

www.informadosostenibilidadepm.com.co

DICCIONARIO DE VICIOS



El
ronquido
de un fauno

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Ilustración: Tatiana Mejía

Si existe alguna hora feliz es la de la siesta. Aquella en que los obreros de la urbe, en cansado desmayo se tiran bajo un árbol, *de profundis*, a esperar que la digestión los provea de ensueños saludables. Tal vez este abandonarse bajo las ramas, sin nada que perder, sea aquello que llaman el sueño de los justos.

Durante la siesta surgen imágenes de inspirado numen. Quizás en una siesta se gestaron no solo los mejores y los peores hijos, sino los libros, los cuadros y esas piezas maestras como *La siesta de un fauno*.

Dicen que los faunos eran divinidades que los romanos adoraban porque cuidaban sus ganados y les traían buena suerte en las cosechas. Según el ritual pagano, los devotos del fauno debían sacrificar un cordero y hacer la siesta sobre su piel. En lo profundo de este reposo el dios revelaría los presagios. Un fauno, mitad macho cabrío y mitad humano, vendría a susurrar al dormilón su futuro.

Tal parece que a los faunos también les gustaba dormir a la orilla de los pantanos, y de vez en cuando pelaban el ojo para ver pasar las ninfas, echarles mano y rematar el banquete. La sobremesa de los faunos avergüenza a esas mentes biempensantes que prefieren un café como bajativo, o un periódico. Se cuenta que Winston Churchill, en cambio, no perdonaba siesta; era su rito de longevidad al final de la guerra. Nada qué ver con otros sátrapas del Sagrado Corazón que sueñan con excluir la palabra cansancio del diccionario.

A pesar de todo, la siesta sobrevive, en estricto orden, después de la sobremesa. Es el ritual que hermana a ricos y pobres, a cronopios y famas. Sea en hamaca, por allá en la rancharía, o en el suburbio de latón, todo humano merece su siesta. Un lapso de descanso que le permita a un esclavo estar en el limbo de los sueños y aflojar el lazo o la corbata. Creo que hasta Job descansó de sus penurias a la hora de la siesta. No lo arrullarían telenovelas de espeso letargo, ni los ruidos laboriosos de la urbe, tal vez otros cantares de palomas en hebreo o salmos de ranas en charcas vecinas. Porque cualquier música es arrullo a la hora de la siesta, hasta la zumbante melodía monocorde de una mosca en un parqués.

Pienso en la siesta tropical, la misma que sume a las aldeas costeñas en aquel bochorno que tira al piso a las pobres gentes como en un fulminante no-caut. En alguna de esas siestas nació el realismo mágico, que no es más que la siesta caribeña hecha prosa.

Y por eso, ya es tiempo de no tildar de perezoso al hermano afrocaribe por reincidir cada tarde en el vicio de la siesta. Seamos indulgentes con su lucha interna contra el clima, que hasta el padre Bolívar en su hamaca libró.

Dicen que los niños son los que más requieren de la siesta. Parece que la ingesta de leche cierra los párpados. Y que en edades tempranas es necesaria para que crezcan los huesos. Nunca como en aquellos meses se duerme tanto la siesta. Ese vicio que nos vuelve felices como bebés despreocupados. A los ancianos les preserva la memoria: así recuerdan que deben dormir, tal vez soñar.

Si no fuera por la siesta habría más neuróticos por ahí. Esta es la única licencia que tenemos para apartarnos por un momento del mundo. Los místicos se retiran en silencio a hablar con Dios, los paganos se echan a deshacer sus desdenes. Entonces, no se necesita ser Mallarmé o Debussy para tener ensueños mágicos o proféticos. Los adultos necesitamos la siesta como el pan diario. Ya es hora de que en los pliegos sindicales aparezca, con perezosa caligrafía, el privilegio de la siesta. ☺

¿Descansarías de la fatiga del sol bajo una *tablet*?
Mejor viaja por entre el bosque...
lee nuestros libros
Algunas novedades UNAULA 2014

| | | | | | |
|---|--|---|--|---|---|
| <p>La misa ha terminado Gustavo Álvarez Gardeazábal PVP \$34.900</p> | <p>Colombianismos P. Julio Tobón Betancourt PVP \$ 40.000</p> | <p>Minería y comunicación en el cañón del Porce Alejandro López y Mariano Ospina Pérez PVP \$ 40.000</p> | <p>Política y poder en Colombia Efraín Alzate Salazar PVP \$ 24.000</p> | <p>Influjo deliberativo de la democracia constitucional Andrés Díaz del Castillo PVP \$ 26.000</p> | <p>Democracia o engaño William Cerón (Compilador) PVP \$ 60.000</p> |
| <p>Las franquicias: impacto en la generación de empleo en Medellín 2004-2009 Roel Mejía Valencia PVP \$ 30.000</p> | <p>Francisco de Paula Santander. El mejor presidente de Colombia Gabriel Poveda Ramos PVP \$ 15.000</p> | <p>Maquiavelo, maestro de la política Armando Estrada Villa PVP \$ 15.000</p> | <p>Oficio lector Jairo Morales Henao PVP \$ 56.000</p> | <p>Premios Nobel de Literatura Latinoamericanos Armando Estrada Villa PVP \$ 70.000</p> | <p>Poemas escogidos Everardo Rendón Colorado PVP \$ 22.000</p> |
| <p>El intelectual y el obrero Manuel González Prada PVP \$ 17.000</p> | <p>Herejías y Homilias Tomás Carrasquilla PVP \$ 20.000</p> | <p>Ley de propiedad horizontal Luis Guillermo Velásquez PVP \$55.000</p> | <p>Sucesiones Jairo Uribe Arango PVP \$40.000</p> | <p>Teoría general de las obligaciones Jorge Iván Ledesma PVP \$130.000</p> | <p>Hermenéutica de la resiliencia Consuelo Hoyos Botero PVP \$35.000</p> |
| <p>El trato preferente: una política de igualdad Paula Andrea Ramírez PVP \$ 30.000</p> | <p>Señas de mala fe. Cinco ensayos sobre Jean-Paul Sartre Juan Manuel Cuartas PVP 29.000</p> | <p>Un pensamiento complejo para un Derecho simple Hernando Salcedo Gutiérrez PVP \$26.000</p> | <p>Ratio Juris PLURIVERSO Desde PVP 10.000</p> | | |

Ediciones UNAULA
Stand A-8 UNIVERSIDADES
Fiesta del Libro y la Cultura
Medellín
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA LATINOAMERICANA - UNAULA
www.unaula.edu.co

PICHANDO COMO UN TORO

APUNTES PARA UNA NOVELA CON SANGRE Y CARNE

por DAVID E. GUZMÁN

Ilustración: Cristina Castagna

Juandiego sabía que esas reses ya no se le podían escapar a la muerte como lo hizo él esa mañana de junio de 1991. Desde temprano había estado esperando en lo alto de un muro del matadero, con los pies colgando, los brazos abiertos y las manos apoyadas en la misma hilera de ladrillos donde tenía atorillada la nalga.

A su lado y en la misma postura estaba Richi con restos de argamas pegados en las palmas de las manos empapadas de sudor. Angustiado por no caer al corral, ignoraba la presión del cascajo tallándole la piel. No quería morir a sus doce años, aplastado por esas vacas asustadas que asistían a los últimos momentos de sus vidas.

Juandiego y Richi observaban los lomos pardos y café oscuros que se confundían formando un gran espécimen amorfo con muchas caretas, cachos y colas. Richi, que trataba de concentrarse en un solo animal para calmar el vértigo, vio cuando una res de ojos grandes y oscuros movió la cabeza ocultando el anca de otra que acababa de sacudir la piel para espantar un mosquito. En esa confusión, los mugidos ronc y lánguidos con sello de muerte hacían que su corazón latiera más fuerte.

—Vámonos, a ese toro no lo van a matar hoy —dijo Richi.

Juandiego se quedó callado.

El momento fue interrumpido por el grito de uno de los campesinos que trabajaba en el matadero; siempre llevaba camisilla, bluyín, botas negras y un lazo en la mano. Su clásico arreo, basado en la sílaba jo, anunciaba un nuevo turno con el matarife. Las reses lo presentían de tal manera que empezaban a corcovar en su puesto, tratando de pasar unas por encima de otras, hasta que alguna quedaba en inmejorable posición para que la enlazaran.

La vaca elegida sabía que la iban a matar porque todo el lugar olía a sangre, y porque en los ojos de sus compañeras se veía la nostalgia. En los suyos, negros y opacos, se veía el terror. La res sacudió varias veces la cabeza con violencia hasta que logró zafarse. En estas lides los primeros intentos eran casi escarceos. Después de bregar con un par de vacas más, el campesino tuvo la buena suerte de que el mismo remolino vacuno que se formaba al intentar atrapar una res, le dejó el toro a un metro. Richi tragó saliva y miró de reojo a Juandiego cuando la soga rodeó con firmeza el cuello del animal.

—¡Marica! —dijo Juandiego emocionado.

El camino al patio de la muerte era eternamente corto. El toro se resistía a ser transportado dejando quietos todos sus kilos; su pavor se convertía en corcovos de fuerza bruta y el ambiente se ponía tenso. En sus últimos intentos por escapar alguien podía salir lastimado. Se respiraba un hondo olor a boñiga y

a metal frío. Juandiego y Richi se desplazaron arrastrando las nalgas por el muro, con las manos siempre aferradas a él; debajo de sus suelas estaba el toro ranchado, negándose a avanzar, con las pezuñas clavadas en la tierra. Detrás, el campesino, caratejo, lo arreaba hacia la salida a punta de zurriago.

Juandiego disfrutaba de aquella escena macabra con la misma alegría con la que asustaba y hacía sufrir a Richi.

—Dale rápido pues o te empujo.

Richi sollozaba y se agarraba con más fuerza del muro, pero no soltaba lágrimas. No quería darle ese gusto a Juandiego, que a menudo se aprovechaba de su pericia campesina y conocimiento de los animales y la geografía local para hacerle crueldades no solo a él, sino a los demás primos o amigos que lo visitaban en la finca. Azuzar perros, asustar yeguas para que se desbocaran y tirar gente a los chiqueros eran sus prácticas más reconocidas. Pero por ahora su único interés estaba ahí abajo, estancado en un pasillo estrecho a la salida del corral.

Las voces vaqueras resonaban en esa mañana donde predominaba el aleteo de los gallinazos y uno que otro bufido amargo. De repente, un chasquido corto y fino estremeció el silencio. El campesino había doblado la cola del toro como si fuera una manguera y así había logrado por fin que el animal se desplazara. Dobló la cola un par de veces más y con eso fue suficiente para que el rumiante llegara al patio de la muerte donde estaban tres hombres y más allá, bajo el sol, el matarife.

Juandiego y Richi se bajaron del muro cuando la puerta del corral estuvo asegurada con un tablón. Ahora las vacas parecían en reunión, amontonadas en una esquina lejana del terreno. El toro yacía en una zona de cemento liso, volcado, resoplando, con cabeza, patas y manos amarradas. A varios metros del animal, el matarife le daba las últimas caladas a un cigarro. Los rayos del sol le hacían entrecerrar los ojos y se reflejaban en su cuchillo, encandilando a Richi que no podía dejar de mirar. Juandiego se acomodó la cachucha, se acercó al hombre y le entregó mil pesos.

—Lo de las gúevas —dijo.

El matarife contó la plata y se la metió al bolsillo de la camisa.

Juandiego sirvió una Pony Malta en un vaso y le agregó dos huevos crudos. Estaban en la casa de los abuelos pasando vacaciones de fin de año. Richi miraba extraño, desconocía a su primo y su nuevo aperitivo mañanero. Orgullosos por causar esa stupefacción, Juandiego agarró el vaso y se bogó el menjurje haciendo un esfuerzo con la garganta para bajar las yemas. Richi apretó las muelas y mostró los dientes.

—Guácala, me voy a vomitar —dijo.

—Es para que me crezca más la verga —dijo Juandiego.

Richi tardó un segundo en comprender. Ya le había escuchado al tío Osvaldo cosas como “coman pescado para que la verguita se les vaya poniendo pesada”, o había visto al tío Jorge cogerse los genitales y decirles a otros primos mayores, “hay que empezar a ejercitar el músculo” o “los Tamayo somos vergones”. Los padres de Richi protegieron su niñez, pero no podían evitar que entrando en la adolescencia fuera tocado por la varita mágica de los tíos, cuyo principal número era celebrar los quince años de los sobrinos llevándolos donde las putas. “Para que demuestren que son varones”, decían.

Pero Richi aún no entendía bien este juego, ni estaba listo para jugarlo. No podía dimensionar eso de que dentro de tres años lo iban a llevar donde las putas, pero la idea le sembró dudas; pensaba que no podía quedarse atrás y era difícil soportar la presión. Fue el diciembre que dejó de ser niño, conoció palabras y cosas nuevas, y tomó conciencia de lo que significaba ser un varón, un ejemplar Tamayo. En esas vacaciones donde los abuelos, la levada de cometas y el Súper Triumph le dieron paso a los operativos para gartear a las primas o para retacarle a alguna de las muchachas del servicio. Sin embargo, lo que más gracia le causaba a Richi era la malta con huevo, el tal borrojé y otros afrodisiacos que quería probar Juandiego.

—¿Gúevas de toro? —dijo Richi y soltó una carcajada.

—Sizas, se pican y se hacen con huevo revuelto y arroz —explicó Juandiego—. Cuando estemos en la finca las hacemos; dízque el huevo queda como con pedacitos de melocotón.

Faltaban siete meses para que Juandiego cumpliera quince años y la tradicional visita donde las putas lo tenía ansioso. Se preparaba desde ya para ser un semental, el más vigoroso y mejor dotado. Quería contar con un yacimiento de deseo sexual acumulado. Además pretendía perder la virginidad antes del rito para sorprender y enorgullecer a los tíos, que además de llevarlos al burdel se entrevistaban con las meretrices para saber cómo se habían comportado los sobrinos en el catre.

Clara tenía unas tetas enormes y Marisela también. Clara era rolliza, bajita y mueca, de un cabello crespo áspero que mantenía cogido porque si no parecía recién electrocutada. Marisela era una negra grande y risueña que tarareaba valenatos todo el día. Las dos veinteañeras, nacidas en el Suroeste, trabajaban en la finca de los padres de Juandiego y tenían que estar pendientes, además del aseo de la casa y la cocina, de los trabajadores y de los animales menores, los perros, la lora y las gallinas.

Las muchachas aún dormían en sus cuartos cuando Juandiego salió de la casa y se dirigió al establo. Los gallos

cantaban y el cielo empezaba a clarear. Richi se había quedado en la cama, no concebía eso de madrugar en plenas vacaciones aunque sentía mucha curiosidad por lo que iba a hacer Juandiego. Fue lo primero que supo cuando llegó a la finca, que su primo había descubierto la forma más natural y placentera de hacer crecer el miembro. La segunda noticia que recibió fue que, a menos de un mes de los quince años, Juandiego estaba a punto de seducir a alguna de las dos empleadas de la finca, “en cualquier momento caen”, le dijo convencido. Richi las conocía de tiempo atrás y nunca despertaron en él sentimiento diferente a la sorpresa de que justo las dos tenían unas tetas gigantes.

Metido en las cobijas, Richi escuchó movimientos de platos en la cocina, se levantó, se puso las Machita y salió de la casa. Le parecía mágico ver la yerba húmeda sin que hubiera llovido. A lo lejos vio la silueta de Juaco ordeñando una de las vacas. Richi entró al establo y sabía lo que iba a encontrar, pero otra cosa era verlo con sus propios ojos: su primo con los calzoncillos abajo, el pene embadurnado de leche condensada, una mano acercaba al ternero para que mamara el casao y la otra administraba el tarro de lecherita. Juandiego brincó cuando sintió a Richi.

—Marica, me asustaste.

—Quihubo primo, ¿sí mama?

—Sí, pero hoy está muy resabiado

—dijo Juandiego, y miró de medio lado a Richi— Venga hágale.

—Nooo, de pronto me muerde.

Minutos más tarde los dos estaban tomando leche postrera. Juaco les había servido directamente de la teta: la leche cayó en chorros afilados y rápidos formando espuma en la superficie. Eran unos vasos de plástico de diferentes colores que Richi conocía desde que tenía uso de memoria y en los que tomó la bebida chocolatada de la infancia, los jugos, las gaseosas, el pasante de los primeros agardientes robados; los había visto amanecer sobre la yerba, bajo la lluvia, recibir el sol de toda una tarde. Y esa misma noche vería a Juandiego servir ron en ellos.

Aprovechando que los adultos estaban en Medellín, las muchachas le encontraron gracia a acostarse en la inmensa cama de los patrones a ver televisión con los niños. Tantas ganas y tanta perseverancia de Juandiego con Clara y Marisela había empezado a dar sus frutos; comenzó contándoles chistes de doble sentido, pero la confianza se la ganó con conductas que lo hacían ver maduro para su edad. Era amable y lanzado con ellas, dejando claro que quería probar de esas carnes. Su posición de hijo de los jefes le ayudaba a la conquista pero la enseñanza de los tíos fue letal: “Si quiere comerse una vieja, dele ron”. Y al primer corte de comerciales, Juandiego le guiñó un ojo a Richi y le dijo que lo acompañara a traer

unos roncitos. Fueron hasta el bar, Juandiego le hizo pata de gallina y Richi agarró de lo alto de un mueble una garrafa de Ron Medellín.

Al cabo de una hora, Clara y Marisela se empezaron a reír por cualquier cosa. Juandiego tomó la iniciativa y lo que inició como un toqueteo inofensivo terminó en un manoseo tácito y profundo. Juandiego codeó a Richi y Richi también palpó los pechos redondos y lisos de Clara; sus pezones grandes e imperceptibles hacían lucir sus senos como dos globos de piñata que Richi chupeteaba y apretaba a voluntad. Otra fue la experiencia al tocar las tetas de Marisela; igual de grandes, pero con unos pezones morados, largos y duros que Juandiego apenas alcanzó a recorrer con un pedacito de hielo. En plena película, los perros ladraron y rompieron la armonía; las muchachas se pararon como resortes, se acomodaron las blusas y salieron de la pieza.

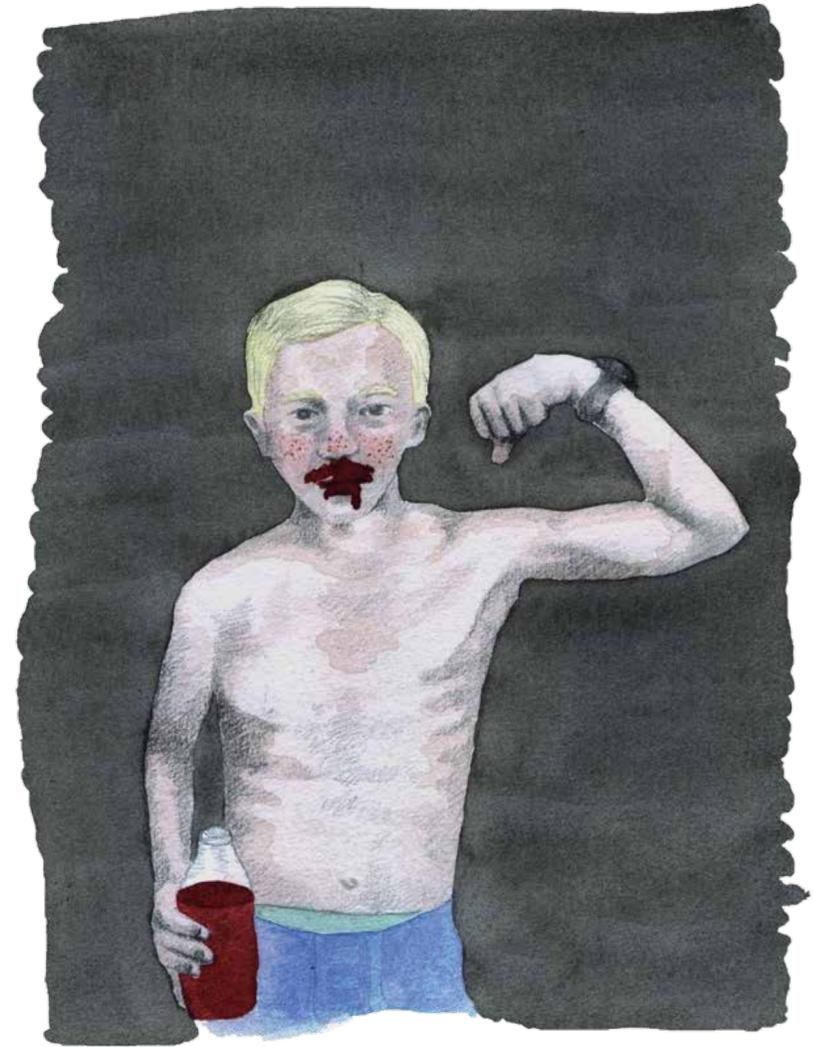
Clara y Marisela veían a los hijos de los patrones como unos niños inquietos y aventajados con los que decidieron jugar, animadas por los rones y lo erótico que resultaba mancillar la cama real. Pero sus amores eran hombres vigorosos del pueblo. Entre arrechas e incrédulas, se burlaron y dudaron de la capacidad de Richi y Juandiego para complacerlas; sabían que por más ganosos que estuvieran no darían la talla, y que seguramente se asustarían si tuvieran que dar de comer a sus flores carnívoras. Les faltaba mucha aguapanela y mucho azadón para poder con una negra de esas.

Sin embargo, Juandiego quedó feliz con el avance. Las vacaciones eran largas y venían días decisivos para fortalecerse y poder penetrar las desconocidas cavernas de piel morena y olor fuerte, fragancia que le sacudía el Tamayo que llevaba adentro. Richi apagó la luz y se acostó en la cama de abajo. Juandiego ya estaba cobijado en la de arriba. Después de un silencio y en medio de la oscuridad, con el recuerdo fresco de las risotadas de Clara y Marisela, Juandiego dijo:

—Mañana desayunamos gúevas de toro.

La sangre salía a borbotones del cuello del toro y caía en las cocas, vasos y ollas de los que llegaron a última hora para comprar sangre y vísceras. Antes de enterrar su cuchillo en la aorta del animal, el matarife le dijo a Juandiego que debía esperar a que el toro estuviera muerto para extraerle los testículos, “así no sufre tanto, a nadie le gusta que le quiten la verzaquera”. Cada vez llegaba más gente a hacer fila para llevarse un poco de sangre y alrededor del toro se formó un corrillo. La bestia resollaba y al tratar de pararse los lazos que la tenían mancornada se templaban.

Los primos aguardaban junto a unos campesinos de su edad que Juandiego no distinguía. Uno de esos niños, flaco y pecoso, casi albino, se acercó a la herida con un vaso y dejó que se llenara de la sangre espesa y caliente que aún brotaba con generosidad. Richi quedó pasmado cuando el albino levantó el vaso y bebió la sangre. Otro pelao que lo acompañaba se agachó, puso sus manos en coca y retuvo un poco de sangre que sorbió ahí mismo. Quedó como si le hubieran reventado la



boca. Juandiego no se quedó atrás, y con la mayor naturalidad botó la aguapanela que quedaba en la cantimplora y la puso en la herida.

La sangre ya no salía con la misma intensidad y en una demostración de poder, el albino y sus amigos se sentaron por turnos en el costillar del toro; allí saltaban y hacían presión con las caderas para que el torrente terminara de salir. Hasta Richi venció su cobardía y cuando la res ya no se movía, se sentó con fuerza varias veces. Juandiego recargó la cantimplora y luego acarició la piel tibia del animal, presionando con ambas manos el tórax inerte. Con la punta del cuchillo el matarife hizo un corte en medio de las huevas y extrajo las criadillas; el toro debió sentir un doloroso vacío porque tuvo alientos para contraerse y emitir un último bramido.

El albino estuvo atento al movimiento y cuando el matarife le iba a entregar las huevas a Juandiego, se acercó y dijo que también las quería. Juandiego le dijo que ya estaban pagas. El matarife recomendó con sorna que partieran y cada uno se llevara un huevo. Juandiego lo tomó como un mal chiste y se negó a seguir hablando de algo que ya era suyo. El albino lo miraba desafiante, pero Juandiego recibió las criadillas y las metió en una bolsa plástica.

—Vamos, Richi, nos están esperando para desayunar —dijo anudando la bolsa. Arrancaron y en voz muy baja Juandiego dijo, “por la trocha”. Caminaron más rápido que de costumbre, treparon una reja y saltaron a la montaña que daba a la carretera. Con el botín entre manos, se metieron monte arriba sin descanso. En un rellano, superado por la alegría del triunfo y la faena, Juandiego detuvo la marcha, desató la cantimplora de su cinto y se echó un trago de sangre. Cuando le iba a ofrecer a Richi, aparecieron por la parte de arriba el albino y su combo.

—Ey, pelaos, vamos a partir eso —dijo el albino, y al terminar de hablar se resbaló y se agarró con tal brusquedad de una mata de plátano que unas tijeras que ocultaba en su saco de lana salieron volando.

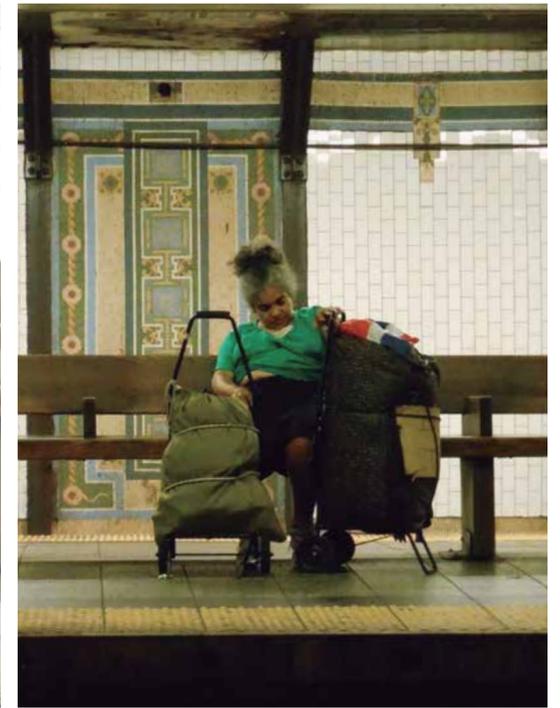
Con la imagen amenazante de las tijeras abiertas en el suelo, los primos quisieron huir, pero el albino, aturdido por su torpeza, las recogió y apuñaló el vientre blando de Juandiego. La bolsa cayó y rodó con las huevas adentro hasta que uno de los amigos del albino la rescató; azarados, él y sus compinches desaparecieron monte abajo.

El día que cumplió quince años Juandiego aún estaba convaleciente, con la panza remendada y una estricta dieta. Permanecía en la finca con Clara y Marisela, sometido a medicamentos y curaciones constantes para evitar una infección. Richi fue a visitarlo y lo primero que le dijo fue, “los tíos están esperando que te alivies para llevarte donde las putas”. Juandiego hizo un puchero y se quejó de un dolor repentino; se veía triste y desalentado. Richi le puso una mano en la cabeza.

—Fresco, dentro de poquito vas a estar pichando como un toro.

Desde la ventana se veía el vuelo de los gallinazos sobre el matadero; hace varias generaciones saben que este lugar es digno de los mejores banquetes. ☪





Cultura... a Metros

Fotografías del metro de Nueva York por Javier Mejía

Un metro es el eje donde confluye una ciudad, el sistema muy nervioso donde los habitantes se encuentran, donde los ciudadanos de sombrero, de gorra, de capucha, de calva, de mugre, de bálsamo, de cresta viajan en el mismo vagón.

Por eso lo que ocurre en el Metro de Medellín es tan torpe y chato. Es tan absurda su obsesión y relación con los ciudadanos —a quienes trata de feligreses—, que al dar el primer paso dentro de alguna estación una trapeadora te persigue como si hubieras ingresado a la Estación Sixtina. ¡Y no! Es un tren, son vagones, estaciones y rieles, no ha sido declarado patrimonio de la humanidad; tampoco es un lugar de atracción turística, y menos una parroquia. El sistema ha comenzado a estar fuera de control por exceso de control.

La cultura corporativa, que han llamado Cultura Metro, no es más que una forma de manejar un sistema de transporte masivo como una porcelana y de convertir las estaciones en oficinas bancarias. Porque el Metro y Bancolombia son compatibles culturalmente. Por eso generan en los usuarios la terrible sensación de que el metro no es suyo sino que se lo prestó la tía rica, de esas a las que les gustan las Capo di Monti, que no soportarían la chucha de una guerrera de la calle que hurga y disfruta su hedor mientras espera un vagón.

¿Qué haría el Metro de Medellín ante estas escenas de su colega de Nueva York? ☹



UNIVERSO CENTRO

Cualquier cosa, menos quietos

Colección 2008 - 2014

Universo Centro ofrece su pasado para que haya futuro.
A solo 862 pesos la pulpa de los 58 números publicados hasta hoy.
Crónicas, mentiras, secretos, chismes, poemas, cuentos, humo y lápiz.

Colección de 71 textos para 365 días.
A todo color, con buena letra y pulso tembloroso.

Washington Heights

por JUAN ÁLVAREZ

Fotografías por el autor



No glamour

No están los teatros de Broadway. Tampoco sus públicos o sus actores y actrices de botines brillantes y chalets de millones.

No está el glamour del arboizado infinito de Park Avenue o el traje impecable de los conserjes políglotas.

No están las hordas diarias de turistas sobre abrigados y mal vestidos, o rojizos de sol, o boquiabiertos y espeluznantes con el cuello quebrado de mirar la punta de los edificios. Nadie anda con cámara, botella de agua, mapa extendido de cien metros o sneakers de suela blanda.

No hay taxis amarillos porque sus taxis son negros. Ruedan por las calles levemente empinadas, equipados de taxímetro, amplios asientos traseros en cuero negro y acentos extranjeros irremediables; pero también, en su nombre popular, llevan rastros de los estigmas propios del barrio: *gypsy cabs*, *livery cabs*.

No existen rascacielos bancarios pero sí las oficinas más ruidosas del United States Postal Service. No existen parqueaderos de limusinas pero sí el 65 por ciento de los poteros donde paran a enfriar motores los buses de la Metropolitan Transportation Authority.

No es casa de la opulencia como Wall Street porque es exactamente lo contrario: el Alto Manhattan, *Main Street* cabal, encarnación geográfica de la bandera que en el siglo pasado los americanos irguieron como quintaesencia de su espíritu excepcional: *the working class*.

En ese barrio de Nueva York viví ocho años. Aprendí con sus mujeres a decirle "miamor" a todo lo que se mueva y respire. Antes había vivido en otras partes de Estados Unidos pero no había sido suficiente para perderle el miedo a las palabras que tienen consonantes dobles. Allí lo perdí gracias a las dos palabras que componen su nombre, aunque estas no tengan consonantes dobles. Ahora puedo escribirlo a la velocidad con la que taquígrafo mi nombre: Washington Heights, miamor.

Topografía

En el extremo norte del barrio, a la altura de la calle 183, justo arriba del cruce enmarañado de autopistas que atraviesan esa parte angosta de la isla para traer y llevar el tráfico infinito entre New Jersey, Manhattan, el Bronx y Queens, se levanta el pequeño Bennett Park, punto de mayor elevación natural de la isla: ochenta metros sobre el nivel del mar.

Su singularidad topográfica es al tiempo epicentro de una de los recuerdos bélicos más importantes en la historia de los Estados Unidos: la defensa de Nueva York durante *The American Revolution*.

Bennett Park abrió sus puertas en 1929 en los terrenos de James Gordon Bennett. Lo hizo para conmemorar el antiguo Fort Washington, construido en 1776 por el ejército continental al mando del general independentista George Washington, célebre por medir casi dos metros: "*The man who would always filled the room*". Eso no es lo que dice la placa en el parque, porque solo

dice: "*Constructed by... Taken by... Re-possessed by... Erected through...*".

El Fort Washington debía detener el avance inminente de las tropas inglesas. No lo consiguió. No ese 16 de noviembre de 1776. Su gloria es derrota. Esa primera batalla perdida en el fuerte dejó 59 soldados muertos, 2.837 prisioneros, y al resto de las tropas huyendo hacia Nueva Jersey y Pensilvania.

Sin embargo, la placa conmemorativa del fuerte no es el más portentoso rastro de esa "nostalgia americana" por la gesta independentista; sino la maravilla de la ingeniería civil que después de 75 años de construida sigue representando el George Washington Bridge.

El puente presume ser el de mayor tráfico en el planeta. Está hecho de catorce carriles repartidos en tres niveles. Su longitud es de 1.450 metros. Su promedio de velocidad es de 75 km/h. Sus tomas en el cine se calculan en cientos al año.

No es el puente que, al final de su construcción en 1883, hizo alucinar a José Martí, cuando el poeta y soldado cubano despachaba desde la metrópoli para América Latina sus retratos congestionados de modernidad. No es el puente que caminan los turistas, ni el del suspiro de las ambiciones, ni el de los candados amorosos o de las supersticiones globales.

El que sí es todo lo anterior es el Brooklyn Bridge, puente estelar de la ciudad que conecta dos geografías opuestas al barrio latino: City Hall, a un lado, donde los blancos administran el poder; y Brooklyn Heights, al otro,

donde casas de lujo y condominios suntuosos disfrutan de la más divina vista del Bajo Manhattan.

No tiene pues así el puente gigante del barrio otro lustre que el de la memoria del general independentista; aunque en 2013 registró el récord de 102 millones de vehículos sobre sus vías y fue el núcleo del escándalo que tal vez, no hay manera de saberlo aún, decida la contienda presidencial de los Estados Unidos en 2018.

Revueltas

Entre el 9 y el 13 de septiembre de 2013, por orden de David Wildstein, alto funcionario de la administración del gobernador republicano de Nueva Jersey, Chris Christie, dos de las tres líneas de acceso al George Washington Bridge fueron cerradas con la intención de sembrar caos y presionar al alcalde de esa ciudad, quien no había apoyado a Christie en su campaña reeleccionista.

El escándalo, conocido como *Bridgagate*, fue destapándose a partir de la aparición de correos delatores, interceptaciones telefónicas en varios frentes, y un dictamen tajante de los servicios de emergencia que señalaba cómo la "decisión apresurada y mal informada" de autorizar aquellos cierres, "había puesto en peligro miles de vidas de los ciudadanos del estado de Nueva Jersey y el Alto Manhattan".

Antes de este matoneo proselitista en que andan desperdiciándose hoy los americanos, y del cortejo político contemporáneo a la minoría latina, los trapos sucios entre comunidad

y orden público se aliviaban a la antigua: *through riots*.

Las revueltas identificadas en el imaginario del barrio como definitivas para la alineación de los dominicanos como colectividad ocurrieron en julio de 1992, después de que el oficial del precinto 34 de Washington Heights, Michael O'Keefe, disparó y mató a José García a la entrada de un edificio.

El choque de narrativas clásicas dominó la prensa local los siguientes tres meses: brutalidad policial versus pandilleros camuflados de vecinos; disparo en defensa propia ante resistencia de arresto; hombre inocente golpeado y asesinado en el piso. La disputa, aunque significó la irrupción de los dominicanos como comunidad, acabó zanjada en favor del oficial. Robert Morgenthau, fiscal del distrito de Manhattan, construyó un caso en el que varios testigos asociaron a García con la dominante ola de traficantes de drogas del barrio, y con el hecho de ser portador usual de armas de fuego. Esa escalada de testimonios de gente del barrio fue el detonante que a los pocos días sacó a miles de personas a la calle incendiada.

Robert Jackall, autor del libro *Wild cowboys: urban marauders and the forces of order*, describe el enfrentamiento entre la NYPD y el narcotráfico en Washington Heights en las décadas de los ochenta y noventa. En un punto de su investigación, reseñada como prolija pero también como abiertamente pro institucional, Jackall sugiere que la muerte de García fueron aprovechadas por las pandillas de la zona, y que las manifestaciones inflamadas de la gente del barrio en contra de los abusos policiales fueron en realidad campañas pagadas por los traficantes.

Wild Cowboys

Washington Heights fue poblado en el siglo XX por distintas oleadas de inmigrantes. La primera línea sobre el barrio en *The Oxford Encyclopedia of Latinos and Latinas in the United States* lo describe como "*the ultimate ethnic destination*". A finales del siglo XIX fue colonia judía. Entre guerras fue poblado por irlandeses, luego por griegos, cubanos y puertorriqueños.

Estos últimos dos grupos fueron paulatinamente reemplazados por dominicanos, quienes empezaron a migrar de manera masiva en 1961, cuando el derrocamiento y asesinato del dictador Rafael Leonidas Trujillo despertó la imaginación represiva del espeluznante Servicio de Inteligencia Militar (SIM), e hizo que miles de familias levantaran maletas y huyeran a la zona alta de esa otra isla que entonces copaba ya la imaginación de lo posible.

Tres décadas de inmigración sostenida hicieron que en 1990 Washington Heights fuera el asentamiento dominicano más grande de los Estados Unidos. No ocurrió sin otra dosis de sangre. Durante la década de los ochenta, el área fue protagonista del comienzo de la distribución masiva de la droga que asoló la Costa Este de los Estados Unidos entre 1984 y 1991: el crack.

Temprano en ese año sonoro de 1984, cuenta la bibliografía al respecto, la mayoría de la cocaína que llegaba a Estados Unidos a través de Miami venía de Bahamas y República Dominicana. La congestión del tráfico hizo que en estas islas se acumulara un exceso de polvo, lo que afectó el precio hasta en un ochenta por ciento. Enfrentados a esta circunstancia, traficantes en Estados Unidos como Santiago Luis Polanco Rodríguez, alias 'Yayo', tomaron la decisión de transformar ese exceso de polvo de cocaína en algo que no pudiera identificarse como simple disolución del producto. Algo que fuera nuevo porque tenía otro nombre y otra forma de consumirse, que fuera mucho más barato sin perder "niveles de pureza", y que pudiera venderse a mucha más gente. En 1984, en las calles de Washington Heights y El Bronx, la cocaína se conseguía a cien dólares el gramo en un grado de pureza que promediaba el 55 por ciento. El crack, con promedios de pureza de más del ochenta por ciento, se vendía en dosis mínimas de 2,50 dólares.

Polanco Rodríguez, retratado siempre como un criminal metódico y disciplinado, junto a la pandilla del barrio conocida como los Wild Cowboys, fueron perseguidos a muerte por la DEA a partir de 1986, justo cuando empezaron a aparecer investigaciones periodísticas que vincularon a la CIA a la administración Reagan con el tráfico de cocaína

desde Centro América; todo esto en medio de la guerra en Nicaragua entre Contras, financiados subrepticiamente por Estados Unidos, y la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional liderada por el Frente Sandinista.

A principios de los noventa los Wild Cowboys fueron desmantelados y sus líderes puestos en prisión. Polanco Rodríguez, quien llegó a Nueva York con su familia de manera legal en 1969, fue acusado en 1987 por los delitos federales de tráfico de drogas, extorsión y lavado de dinero. El fiscal general que procuró su arresto fue Rudolph Giuliani, quien se preparaba para ser alcalde de la ciudad con la bandera precisa de "limpiar" las calles de traficantes de droga. Polanco Rodríguez escapó y regresó a su tierra, República Dominicana, país que no tiene tratado de extradición con Estados Unidos. Vive allí, después de pagar cuatro años de cárcel, en medio de los placeres del hombre rico y en un esfuerzo permanente por convertirse en vecino ejemplar. Según un reportaje del *New York Times* de 1996, Polanco Rodríguez donó cientos de canecas para que fueran puestas en cada esquina de su ciudad natal, Santiago de los Caballeros.

Números aéreos

El portal City Data identifica Washington Heights con tres códigos postales: 10032, 10033 y 10044. La demarcación administrativa va de la calle 155 en el sur a la línea irregular que hacen las avenidas Fairview, Fort George Hill y la calle 192. Son 4,5 kilómetros cuadrados en los que viven 156 mil personas.

La densidad de población (34.500 personas por kilómetro cuadrados) es sustancialmente más alta que el promedio de la ciudad, que está en 10.384. El ingreso medio por hogar es 34.043 dólares, cuando el promedio de la ciudad en 2013 fue de 50.285 dólares. Por eso la población por debajo de la línea de pobreza en Nueva York es de 21,2 por ciento, mientras en el barrio sube al 30,8 por ciento.

El Departamento de Educación de la Ciudad de Nueva York es el sistema de escuelas públicas más grande de Estados Unidos, con un millón cien mil estudiantes en más de 1.700 escuelas. De





ese millón largo de estudiantes, casi la mitad no tiene el inglés como su lengua materna. En la ciudad, el porcentaje de gente que casi no habla inglés o que no lo habla en lo absoluto es del 13 por ciento. En el barrio sube a 32,2 por ciento. También es alto el porcentaje de residentes nacidos en otro país: 48,9 por ciento.

La distancia más radical entre la ciudad y el barrio se da, sin embargo, de acuerdo al lenguaje de los números, en el porcentaje de parejas casadas con ambos sujetos trabajando. En la ciudad ese renglón marca 56 por ciento, mientras en Washington Heights es del 93 por ciento.

En una ciudad de cánones de arriendo privativos, donde conseguir cuarto es tarea que hay que resignar a los *brokers* y a la comprobación de ingresos que sumen cuatro veces el precio del arriendo, vivir en Washington Heights es la solución que la riqueza misma provee para mantener cerca a la gente que presta servicios y oficios indispensables.

Por eso el alto porcentaje de parejas en las que ambos miembros trabajan. Por eso, aunque el 47,4 por ciento de la población del barrio no terminó los estudios de bachillerato, la tasa de desempleo es similar al promedio de la ciudad: 7,7 por ciento.

Geografía de servicios; calles de "comida china criolla"; tierra de vista desde el aire volátil de los números parece una fiambra lisa de cuatro pisos: cacerolas de metal sobrepuestas, cilíndricas, sencillas, llenas de comida caliente.

La escuela

Así como habita el barrio la fuerza laboral latina que presta servicios a la riqueza extendida de la ciudad, también se levantan los edificios y trabajan las gentes de una de las marcas de

conocimiento más prestigiosas de los Estados Unidos: Columbia University in the City of New York.

Columbia es el campus más estrecho de los que componen lo que se conoce como The Ivy League, asociación entre macabra, alucinante e insondable de ocho universidades privadas de la Costa Este, todas tan ricas y poderosas que la cifra de sus presupuestos anuales combinados en 2013 fue de 98,7 billones de dólares, casi igual al presupuesto del gobierno colombiano en 2014.

En rigor, en Washington Heights solo está el complejo médico de la universidad, lo que significa una veintena de edificios entre hospitales, psiquiátricos y centros de investigación. Allí ocurre la exploración del mundo *quantum*, el intento de terapias celulares, la invención de la ingeniería de tejidos...

A partir de 2004, cuando la universidad hizo público su proyecto *Manhattan Ville* para la expansión del campus central ubicado entre las calles 110 y 120, la tensión entre barrio e institución, que ha sido norma, escaló hasta el punto de la aparición permanente de panfletos y pancartas. La que recordará el resto de mi vida, por su tamaño gigantesco, por sus únicas dos palabras, y porque tuve que verla a diario durante al menos tres años seguidos, caía de la terraza de un edificio de ocho pisos sobre Broadway, a la altura de la 126, hasta la mitad de la fachada. La línea 1 del metro es elevada a esa altura, así que la desaceleración del tren, llegando a la estación mítica de la 125, corazón del West Harlem, obliga a los pasajeros a cerrar los ojos o a leer el nombre de aquella categoría pública que lo sintetizaba todo: *EMINENT DOMAIN*.

Eminent Domain consiste en el poder de tomar la propiedad privada para uso

público. Es prerrogativa del Estado, pero puede ser cedido a autoridades públicas menores e incluso a privados cuando estos consiguen demostrar que esa toma de tierra ejercerá funciones públicas. No es claro de qué manera la expansión del campus de Columbia iba a cubrir dicha función, pero ahí estaba la amenaza. Como es natural, la universidad nunca quiso llegar a dicho extremo, y al menos en su discurso público siempre sostuvo la voluntad de negociar con las comunidades de la parte alta de la isla, lo que terminó ocurriendo.

Planes dentales y gafas gratis para 3.500 niños. Comida, vestido y abrigo para ocho mil ancianos. Una asociación llamada Breast Cancer Screening Partnership, a través de la cual los hospitales del complejo médico ofrecen de manera gratuita mamografías, exámenes cervicales y colorrectales, orientación en salud mental y otros servicios de atención preventiva para las mujeres de los barrios del Alto Manhattan.

Fui profesor de español y cultura latinoamericana en la escuela por seis largos años. La escuela es como le dicen a Columbia en el barrio. En clases avanzadas envié a varios de mis estudiantes a proyectos de reportería en los que tuvieron que investigar al respecto. Básicamente, todos esos beneficios que la universidad declara entregarle al barrio pueden corroborarse, igual que un último dato: solo existe una beca anual (*The Dyckman Institute Scholarship Fund*) para tres estudiantes de escuelas públicas de los barrios del Alto Manhattan.

Extremo norte

Vivir en Washington Heights siempre me dio problema para cortarme el pelo. Todas las peluquerías manejan un

mismo estilo: delinear los bordes de los varones a lo beisbolista. No hay manera en esos salones de belleza, que son al mismo tiempo mecenas del diario social de la gente, de acordar un tipo de corte que no involucre el *delineo* de los bordes, que empieza en la patilla, sube por la sien, atraviesa la frente y baja a la otra oreja sin detenerse hasta redondear la cabeza entera.

La tragedia, puede anticiparse, consiste en que dos semanas después hay que regresar a que le pulan a uno el *delineo*, de lo contrario empieza a verse una pelusa ahí pequeña y extendida que es inaceptable incluso para el más descuidado de los heterosexuales.

Pasé doce años en los Estados Unidos, ocho de ellos en Washington Heights. Solo una vez fui subido a una patrulla de la policía. Técnicamente no estaba siendo arrestado. Me esposaron, me inclinaron la cabeza, me metieron en el puesto de atrás, me llevaron a la comisaría y me dejaron en una celda junto a otras tres personas, una de ellas con cuello ortopédico y mirada de psicópata.

Tengo un homónimo. Por supuestos, narcotraficante colombiano. Ese día salí distraído de un bar. Tenía en la mano un vaso de plástico con trago. Me vieron, me detuvieron, revisaron mis datos y salió el *flag* de mi homónimo: orden de arresto por tres delitos federales. Como según los agentes no podían corroborar mi identidad plenamente desde la patrulla, tenían que llevarme a la comisaría. Antes debían esposarme, "for your own security, mister Alvarez".

Corroborar que yo no era Juan Fernando Álvarez Meyendorff les tomó veinte minutos. Cuando me sacaron de la celda ya habían perdido uno de los cordones de mis botas. Lo que nunca olvidaré de las esposas heladas de la NYPD es el hecho de que, una vez puestas, el agente me preguntó si estaban muy apretadas, si quería que me las soltara un poco, "watch out your head, mister Alvarez", y en general la cordialidad inaudita con la que me ayudaron a pasar ese susto tan hijueputa.

Pero esto no ocurrió en Washington Heights, que es como decir el extremo norte de América Latina, sino en la zona *play* del *West Village*. En las calles del barrio, infinitamente más tranquilas de lo que fueron en las décadas pasadas, debí haber visto al menos cinco o seis arrestos, siempre brutales, con gente arrojada al piso, sirenas, chillidos de patrullas, gritos y el estremecimiento de los observadores por la suerte del pobre diablo de turno.

Por eso nunca he podido dejar de preguntarme qué habría pasado si ese cruce minúsculo de mi vida con la de Álvarez Meyendorff hubiera ocurrido en las aceras del barrio sembradas de jugadores de dominó, que contra todo pronóstico aprendí a querer como a mi propia casa, Washington Heights, miamor. ☺



Institución Universitaria

Un gran proyecto social de Medellín que contribuye con educación de calidad al desarrollo de la Región y del País.

Entregamos lo mejor de nuestra experiencia para la transformación de la Ciudad, por medio de las prácticas culturales, la producción intelectual y los procesos de alfabetización informacional.



En nuestro Fondo Editorial ITM publicamos tus textos con la misma pasión que los escribes.

«Sin ciencia y sin tecnología la cultura es incompleta»

PROGRAMACIÓN FIESTA DEL LIBRO Y LA CULTURA

Viernes 19 de septiembre

5:00 p.m. Auditorio. Edificio de Extensión U. de A.

De la energía de Prometeo a la forja de Vulcano. El ingeniero Julián Cock Arango, un héroe del trabajo en Antioquia, 1892-1982.

Presenta el autor Alberto Mayor Mora
Convoca: Fondo Editorial ITM

Sábado 20 de septiembre

5:00 p.m. Auditorio. Edificio de Extensión U. de A.

Boletín Desde la Biblioteca, números 46 y 47

Convoca: Fondo Editorial ITM

fondoeditorial@itm.edu.co - www.itm.edu.co



Instituto Tecnológico Metropolitano
INSTITUCIÓN UNIVERSITARIA ADSCRITA AL MUNICIPIO DE MEDELLÍN
Calle 75 No. 75 - 101 sector Pilarica
Teléfonos: (57-4) 440 5382 / 440 5197

Visítanos en el
Stand A3



ENTRE VINETAS

5º festival internacional de cómic en Colombia

Bogotá | Medellín | Manizales

El principal evento para la novela gráfica, el cómic y el dibujo en América Latina

18 al 21 de septiembre
entrevinetas.com

ITM primera Institución Universitaria pública en Colombia Acreditada en Alta Calidad
www.itm.edu.co

Entre el miedo y el mal

En Colombia hay una tradición poética que tiene que ver con el crimen, imágenes del bajo mundo, metáforas alusivas al universo de la muerte y el delito. Los poemas deambulan y conspiran desperdigados en periódicos, libros y revistas sin unidad temática. La antología que ha reunido Emilio Restrepo —lector, autor y gestor del género— es un primer intento que pondrá en aprietos a quien se atreva al segundo. Joyas que brillan en la oscuridad, resplandores desde la escoria, tesoros en el basural.

En estos poemas no se resuelve el asesinato, incluso es posible que en algunos de ellos no haya ni asesino, ni víctima, ni investigador. Pero verso a verso aparecen la atmósfera opresiva, los callejones, las búsquedas que no conducen a ninguna parte. Y están los retratos de ciudad rodeados por el temor, la pobreza, la maldad o el abandono; en re-

sumen, por los estigmas que recrean la esencia del género negro.

En el género negro son primordiales los asuntos éticos, además de los estéticos. Su objetivo artístico es ahondar en los aspectos del proceder humano y social, sobre todo en las sombras de las figuras abyectas, ocultas, perversas, violentas. Caminando a su lado debe estar el lector-espectador respirando con miedo, ansioso y malpensado.

El *Ars poético* que podría definir esta colección lo escribió Mario Escobar Velásquez en el acta de jurado en la que se premió *Manos ineptas*, un libro de Carlos Trejos que ganó el Premio Nacional de Poesía de la Universidad de Antioquia en 1995.

“Muy difícilmente hubiera podido creer, antes del libro *Manos ineptas*, de Carlos Héctor Trejos Reyes, que pudiera hacerse poesía verdadera y honda sin una sola palabra untada de belleza o de bondad o de optimismo o de salud o de

cielo o de esperanza o de verde [...] poemas que hablan de cosas lúgubres, solamente, como tinieblas, ahorcamientos, Judas de Kerioth, condenas a fracturas y amputaciones, y malos tinos de la vida, y destrucciones, y naufragios, y trampas y muertes y fantasmas y partidas y muertes —para los de las buenas venturas— y ebriedades y sentencias y herencias de miserias y dolores y manos ineptas, como tullidas y engarbatadas...”

Los autores de *Entre el miedo y el mal* recorren cerca de ciento cincuenta años de poesía y crimen en Colombia. Un amplio grupo de autores que dan cuenta de una realidad que oprime afuera y adentro... Nadaístas como Gonzalo Arango, Eduardo Escobar y Jaime Jaramillo Escobar, representantes de la generación desencantada como José Manuel Arango y Juan Manuel Roca, del grupo Mito como Fernando Charry Lara y Álvaro Mutis, y poetas que no han sido incluidos en

Universo Centro invita a bajar al sótano de *Entre el miedo y el mal*, una recopilación de poemas y crímenes en 150 años de tinta y sangre. No encontrarán al culpable pero sentirán el olor.



Ah y es de nuevo la mañana

Ah y es de nuevo la mañana tibia y azul
El que está señalado
(en la lista hay una cruz después de su nombre)
liviano todavía
va por las calles
Trae la calavera llena de sueños
Limpio recién peinado
va a sus negocios
Cuando el asunto se despache un nombre se tachará
Por ahora va por las calles

José Manuel Arango

Los buscadores de la muerte

Nando se fue por un pequeño hueco de plomo que abrieron en su frente, en la esquina de la carnicería.
Magila se deshizo en un chorro de sangre que salió de su garganta tras el cuchillo de su amigo íntimo.
Julio preparó un jugo que de sus entrañas hizo surtidores.
A Carlos Mario lo sorprendió el amanecer nadando en el charco de sangre de su corazón partido.
Eduardo viajó a Cali en busca del puñal que debería traer bien hondo en el pecho... Este mundo no era la casa verdadera de los buscadores de la muerte, pues la casa verdadera es el amor.
Ellos, desde niños ya, andaban buscándola. Entre los matorrals de nuestros juegos, sus ojos ávidos bebían su corta estancia en la tierra. Al ir creciendo, entraron en los actos que la muerte suele frecuentar y, a veces, sus manos hicieron que asumiera el rostro de alguien.
Los buscadores de la muerte no estaban a gusto en esta vida y la dejaron pronto, briznas de rocío en olvidada hierba.

Luis Fernando Macías

Desierto

Las puntas de la lluvia en mis ojos.
Apacible, entre el olor a sudor de caballo, y gotas fuertes que aplastan la tierra rojiza reconozco el duelo.
Desafío el miedo centímetro a centímetro y la tormenta me devuelve las imágenes cuando intentamos el vuelo de los sueños.
La oscuridad es perfecta, la soledad amplia, larga la distancia.
El disparo no despertará a mamá

Mery Yolanda Sánchez

El espejo

No es verdad que los ojos sean el espejo del alma. Si tal ocurriera, los asesinos caerían fulminados y nada sucede cuando el torturador cruza y se peina.

Ómar Ortiz

No nací para morir antes de estar muerto

De las ilusiones que me hago a alguna llego.
Yo no nací para morir antes de estar muerto. Olvídense. Así como no me quedé en la pared de una esquina pegado de grafiti en fondo de pantalla para un video. Nada está perdido para mí.
Y fuera de la consigna “plata o muerte” que a veces tan burda suena cuando se escucha desde la comodidad o desde un mediado estar me he planteado otras consignas para ser feliz entre la realidad cotidiana siempre de reina cruel cuando se está encajonado entre un Mínimo de salario que no entrega una noche de fiesta ni aunque se le amenace y de la amenaza se pase al hecho de dejarlo en las afueras de la ciudad de basura en una bolsa negra..., al Mínimo. Claro. Con mayúscula.
¿Muy viniendo traición?
Cuidado con ese muerto que quiere hablar

Helí Ramírez

CIRUGÍA CON LÁSER

DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.

Clinica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

Truman Capote
1924 - 1984

A tinta fría

En noviembre de 1959 Truman Capote lee el titular de una pequeña noticia en *The New York Times*: “Rico granjero y tres miembros de su familia asesinados”. Unos días después está en Holcomb y Garden City, en Kansas, en compañía de su amiga, la escritora Harper Lee. Había convencido a *The New Yorker* de enviarlo en busca del clima de terror que los asesinatos habían generado en esos pueblos rodeados de trigales. Capote ya era un escritor célebre que se movía con soltura en los estancieros de Hollywood y Broadway. Hacía poco había publicado *Breakfast at Tiffany's*, y años atrás había escrito un pequeño libro sobre el viaje de una compañía de ópera compuesta por artistas negros, que se presentó en Moscú y Leningrado en pleno auge de la Guerra Fría. Ese era hasta entonces su experimento más elaborado con el reportaje. Un crítico lo describió con unas palabras que bien podrían ajustarse al autor: “Pérfido, ingenioso y completamente demoledor”.

Luego de cerca de dos meses en Kansas Capote viaja a Europa, donde comienza la escritura de lo que en una carta de enero de 1960 llama un “librito” y poco después considera una “obra maestra”. Pasarán seis años hasta la publicación de *In Cold Blood*. Buena parte del libro se alimenta por correspondencia. Capote escribe a los nuevos amigos que ha dejado en Kansas a la caza de recortes de prensa, detalles para una escena, fechas, chismes del pueblo, actas de juzgado, resultados de elecciones regionales y demás certezas que puedan llegar hasta su refugio en la Costa Brava española. En octubre de 1960 le escribe al director de *The New Yorker* con el tono de un empleado al que no le alcanza el tiempo: “Ha sido toda una odisea conseguir estos documentos: basta con decir que invierto más de la mitad del día en cartearme con los varios informantes que tengo en Kansas”.

La primera de esas cartas, después de su visita a Holcomb, viaja en compañía de una botella de Whisky J&B. El destinatario es Alvin Dewey, el director del equipo del Kansas Bureau of Investigation que se ocupa del asesinato de los Clutter. Alvin y su esposa Marie se habían convertido en sus amigos y corresponsales en Kansas. Las cartas viajarán durante años e incluirán besos para los hijos de la pareja y lametazos para sus perros.

A Alvin Dewey
Hotel Warren
Garden City, Kansas.
6 de enero de 1960
Querido Foxy,
Después de tu largo y heroico viaje, estamos convencidos de que agradecerás un buen trago de esto. Así que: ¡bienvenido a casa!

De parte de tus fieles historiadores, Truman, Nelle.

El viaje del que habla Capote fue un extraño paseo desde Las Vegas hasta Garden City con Perry Smith y Dick Hickock, los asesinos, esposados en el asiento de atrás de un carro de la policía. En un comienzo, los recelos de Alvin impidieron la entrada de Capote a los expedientes y secretos del caso. Foxy fue el regalo perfecto, en forma de apodo, que dejaron los primeros tanteos y el habitual almíbar de Capote.

Apenas tenía unas notas y los recuerdos del paisaje y de sus conversaciones con los protagonistas, pero Capote ya sabía que había encontrado

algo extraordinario que describe a Cecil Beaton, su amigo desde los días de estudios en Cambridge: “Volví ayer, tras casi dos meses en Kansas: una experiencia extraordinaria, en muchos aspectos lo más interesante que me ha pasado en la vida”. Al final se duele de estar desconectado de las noticias y los chismes de Nueva York.

El 22 de enero firma contrato para un libro con la gente de *The New Yorker* y Random House. Hará una nueva visita en compañía del fotógrafo Richard Avedon y estará listo para partir a Europa. El domingo de Pascua de 1960, desde el trasatlántico Flandre, camino a Le Havre, escribe con el tono de una *madame* a los Dewey en Kansas: “Querida familia, finalmente logró subir a bordo (con 25 maletas, 2 perros, 1 gata y mi querido amigo Jack Dunphy), y aquí nos tenemos, en la mitad del Atlántico”.

A las cinco de la mañana lo despierta el alboroto de los pescadores españoles cerca de su casa en la costa. Ya comenzó a escribir y se ha dado cuenta de que la historia tomará más tiempo y más páginas. Las cartas preguntan por los diarios de la señora Clutter, por la fecha en que se construyó la casa donde sucedieron los hechos, por quién fue la persona que encontró el reloj de pulsera de Nancy Clutter en uno de sus zapatos. De algún modo Capote hace el papel de jefe de investigación a la distancia. Con su encanto y su melosidad indica quién debe ir a las audiencias, pide descripciones por escrito, encarga análisis electorales, celebra la llegada



por PASCUAL GAVIRIA

Ilustración: Verónica Velásquez

España a otra casa en Playa de Oro, va a Inglaterra en busca de una psicóloga que había tratado a Dick y a Perry, y viaja a Berlín para atender conferencias y seguir con su “punto de cruz”. Ya no solo piensa en su “gran obra” sino también en un género que está a punto de encontrar un artista. La historia entrega datos, tragedias, interpretaciones, incertidumbres, y Capote sigue acumulando hilo. Tiene que acomodarse a los hechos mientras intenta contarlos. Newton Arvin, profesor de literatura y uno de sus amores, recibe sus reflexiones sobre ese juego con una historia que no se deja dominar: “Este será mi último intento en el mundo de los reportajes; y en cualquier caso, si salvo vida de esta, habré dicho todo lo que tengo que decir sobre el género. Mi interés por él siempre ha sido completamente técnico; no me parece, ni me ha parecido nunca, que a esta disciplina le hayan dado alguna vez forma artística. Creo que *In Cold Blood* tiene bastantes oportunidades de convertirse en una obra de arte. Por desgracia, estoy demasiado implicado emocionalmente con el material; por Dios, ojalá se acabe esto”.

En medio de sus cartas de felicitación a los Kennedy y sus encuentros con Charles Chaplin, Capote llora la muerte de uno de sus perros y escribe sus ganas infinitas de fumar. Como tantas veces, su familia en Kansas sirve como paño de lágrimas: “Tengo mucho trabajo y estoy terriblemente tenso porque he tenido que dejar los cigarrillos (por orden del médico). Después de veinte años fumando como un carretero, no resulta nada fácil: no puedo pensar en otra cosa que en el horrible antojo que tengo de encender un Chesterfield”.

El médico le había dicho que sus muchos martinis habían contrarrestado la intoxicación por nicotina. Pero el escritor de ficción sufre al no saber cómo terminará su libro. Lo atormentan los tiempos judiciales como si fuera un secretario de juzgado, y sueña con el final que más le conviene a su pluma. Las cartas son también una terapia de chismes: en medio del regateo por los derechos de *In Cold Blood*, mezcla burlas sobre un encuentro con Cary Grant y su triste obsesión con la hipnosis y los complejos vitamínicos.

Todo termina en la horca. En abril de 1965, desde Brooklyn, como quien se ha quitado un peso de encima y ha encontrado un vacío, Capote entrega el desenlace con un sello de correos: “Queridísimo Cecil, esto son tan solo unos garabatos apresurados, pero quería decirlos a ti y a Kin que el caso está cerrado, que mi libro saldrá el próximo enero. Perry y Dick fueron ejecutados el martes pasado. Lo presencio porque así lo quisieron ellos. Fue una experiencia horrible. Es algo de lo que nunca me recuperaré. Algún día te lo contaré, si es que puedes soportarlo”. Las cartas siguientes enfatizan en una expresión: “¡Nunca más!”.

In Cold Blood se publica completo en cuatro ediciones de *The New Yorker*, y Truman Capote, quien era un preferido de los nobles, los actores, los políticos y los millonarios, se consagra como un genio. Sus invitados a un baile de máscaras en blanco y negro para celebrar su libro sirve, según *The Washington Post*, como sentencia irrefutable de una época: “Asociado a una lista de invitados que parece el Quién es Quién en el mundo, ha logrado que su fiesta suba al altar de los eventos sociales que hacen historia”.

Durante los primeros dos años de escritura Capote pasa de la casa de pescadores en la Costa Brava a un chalet en las montañas de Ginebra, vuelve a

Desvío Visual

por OSWALDO OSORIO

Fotografías: Archivo Desvío Visual
desvisual.tumblr.com



Desvío Visual no es un colectivo; es una banda de salvajes de Medellín que le arranca imágenes a la vida, las somete a la transgresión y luego se las vuelve a tirar a la cara. Los colectivos audiovisuales son una forma “honrada” y optimista de ganarse la vida y hacer carrera en un medio harto desagradecido y competido como el de la realización audiovisual. Por eso la mayoría de colectivos llevan la doble vida de hacer varios trabajos alimenticios por un proyecto propio, generalmente están afiliados a una causa social o cinéfila, y padecen la endemia de querer contar historias (y participar en festivales).

Estos desviados visuales, en cambio, han tomado alguna distancia de esas características optando mejor por lo que parece un trabajo de “guerrilla”, atacando desde los márgenes, por fuera del buen gusto, lo políticamente correcto y lo aceptado socialmente. Esto queda ilustrado con elocuencia en *Decadence* (2013) y *Elegante como el pegante* (2013), dos comerciales que promocionan el uso de la heroína y el sacol, respectivamente.

Cada uno de estos videos está concebido con la lógica de esos spots publicitarios que, en lugar de apelar a la gritería, a los mensajes

explícitos y al suministro vertiginoso de información, producen una pieza audiovisual sugerente, que pone en juego un estilo y unos valores estéticos, sin diálogos ni locuciones, solo acompañada por una sutil melodía y un eslogan al final. La diferencia es que en lugar de estar promocionando una loción de Hugo Boss o una sofisticada marca de ropa, Desvío Visual lo hace con drogas, productos que representan la antitesis de lo social y lo legalmente aceptado, por lo que nunca podrían ser anunciadas institucionalmente.

Estos aberrados y subversivos también han realizado otros productos de difícil clasificación en relación con los discursos establecidos en el audiovisual. Cortometrajes como *Perdidos en el paraíso* (2013), *A mí me encanta comer mierda, ¿a usted no?* (2013) y *Gadabout Kika* (2013) juegan con los códigos del relato de ficción, el performance, el video arte y el videoclip. Y no necesariamente es un juego consciente, es decir, no es tanto que a partir del conocimiento de estos discursos decidan integrarlos o combinarlos, sino que anteponen el impulso creativo a las estructuras de los géneros; en ese sentido están más cerca de los artistas plásticos y los poetas que de los realizadores audiovisuales.

Desvío Visual está definido, para bien o para mal, por los imperativos de la juventud: su obra es rabiosa, caótica, provocadora, delirante y hasta inconsecuente. A partir de este carácter construyen su trabajo audiovisual y fotográfico, orientado principalmente hacia las perversiones y los vicios, la escatología y la provocación sexual, lo aberrante y lo ilícito, el erotismo homosexual y la androginia. Son devotos de los espacios sucios o derruidos, a los que les impregnan, con los valores propios de la imagen, una atmósfera enrarecida y sofisticada al mismo tiempo.

En una ciudad que tiende a caracterizarse por su moralismo y miedo al qué dirán (una moral de la que parece excluida la violencia), la producción audiovisual, que por lo general es un reflejo de su contexto, resulta ser muy timorata y se autocensura constantemente. Es por eso que llaman la atención arremetidas como la de Desvío Visual, una iniciativa tanto estética como ética, como debería ser, la cual, por lo pronto, está aprovechando la relativa libertad (ya les censuraron un video) que ofrecen las redes sociales para provocar y escandalizar, pero también para estimular y fascinar con una propuesta inteligente y sugestiva en su aspecto formal. ☺



Ver, Pensar y Hacer
TALLERES DE PINTURA, DIBUJO Y GRABADO

ALBERTO GONZÁLEZ

Calle 11A Nº 43E-5 - 3º piso - 301
Tel. 2 66 10 01 - Cel. 311 219 54 33

**ENCUENTRO
POETAS
JÓVENES
DE COLOMBIA**

30 y 31 de octubre de 2014

Más información:
Encuentro Poetas Jóvenes de Colombia
<http://encuentropoetasjovencos.com/>

FESTIVAL DE COSAS BUENAS 2014

30 DE SEPTIEMBRE AL 15 DE OCTUBRE

Hacia un refrescamiento global

[...] entusiasmo ante la vida en rito de celebración, como si fuera una fiesta donde nos extasiamos y nos desesperamos con todos los sentidos, y algunos más que van inventando los días a quien sabe mirar el viento y el árbol y el agua, el amor y la muerte y la estrella cercana. [...]

Manuel Mejía Vallejo
Razón de Ser [fragmento].
Ziruma, 1986.

ORGANIZAN:

APOYAN Y PARTICIPAN:

Gobernación de Antioquia - Asamblea Departamental de Antioquia - Instituto Humboldt - Parque Norte - Universidad de Antioquia - Confiar Ballet Folklórico de Antioquia - Alcaldía de Pereira - Breakfast - Conexión Colombia - ProAntioquia - Alcaldía de Medellín - Jardín Botánico Casa Museo Pedro Nel Gómez - Casa Gardeliana - Centro de Desarrollo Cultural de Moravia - Parque Explora - Parque de los Deseos - Ruta N Planetario de Medellín - MedellínInnovation Festival - Museo Cementerio San Pedro - Parque de la Vida - Teatro Metropolitano - Otraparte Lo doy porque quiero - Festiver Barichara - Instituto de Cultura y Turismo de Pereira - Corporación La Cuadra - Archivo Fotográfico de Javier García Corporación Héctor Abad Gómez - Octubre Azul - Pacto por los Bosques de Antioquia - AICOLD - Universo Centro - La Casa de todos.



AHUUCATL

por CARLOS SÁNCHEZ OCAMPO

Fotografía: Juan Fernando Ospina

Si Eva fuera de Medellín la fruta de su historia sería el aguacate. Hubiera dicho: "Eh Avemaría, qué aguacate más rico", sin que le faltara razón, toda vez que en este mundo de paraísos recortados los justos y los pecadores le otorgan poder afrodisíaco. Recuerdo a un vendedor que al rodar de su carreta gritaba: "Quiebracatresss, quiebracatresss". El regusto a pecado expresado por Eva se justificaría de sobra no más al conocer el origen de la palabra aguacate, que es una voz azteca, ahucatl, que remitía a testículos. No se sabe si estos primigenios americanos le pusieron tal nombre por ser fruta donde se espesa la vida o por lo colgante.

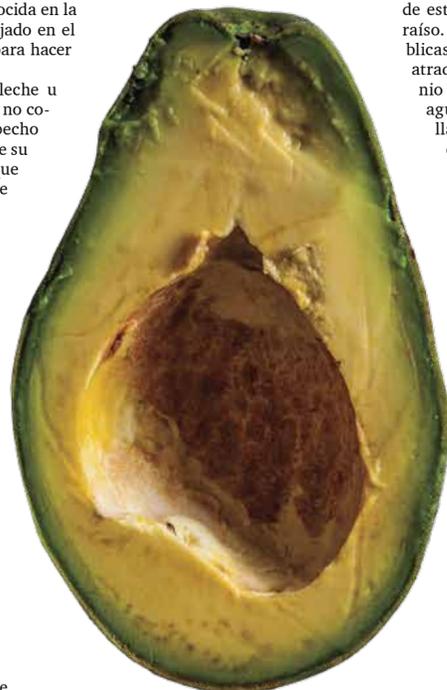
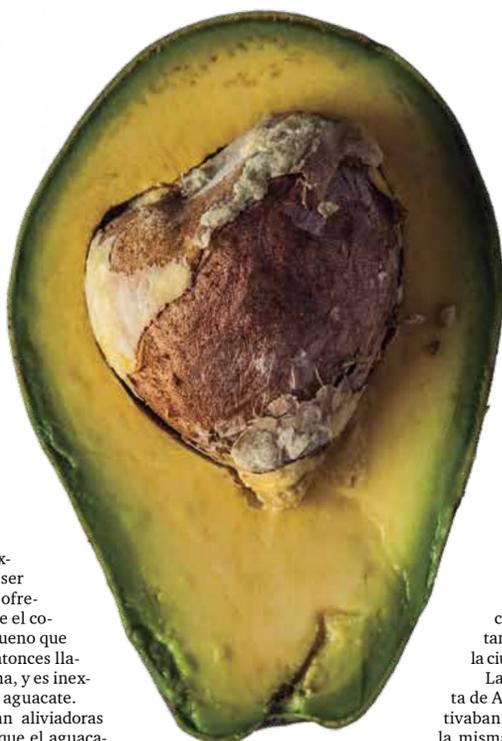
Una enseñanza casera de antes de internet exponía que al aguacate le faltaba un grado para ser veneno. Ciertamente, no, habrá que reconocer que sus ofrecimientos médicos son hartos. Basta entender que el colesterol que produce su aceite es del bueno, tan bueno que dizque ayuda a eliminar el malo. Es razonable entonces llamarlo Abogado de la Salud y de la Alegría Humana, y es inaplicable que exista gente enferma donde existe el aguacate.

En el Medellín antiguo y rezandero, con tan aliviadoras promesas, no importó el riesgo de pecado grave que el aguacate garantizaba y se hizo fruta de familia, es decir, conocida en la infancia, en la mesa familiar. Un sabor o alegría cuajado en el paladar desde la niñez. Un sabor que alcanza hasta para hacer adivinanzas: "...cate que no lo vi".

Hay quienes detestan la carne o aborrecen la leche u odian el arequipe o prohibirían las empanadas, pero no conozco a nadie que esté en contra del aguacate y sospecho que ese amigo lo sería no por razón del vegetal sino de su hígado tan sensible. Tanta aceptación por un fruto que hace ocho mil años comen los hombres sin que deje de gustarles puede explicarse por su condición de camaleón del gusto que lo hace sabroso en la carta de cualquier restaurante o de cualquier almuerzo. Y todo esto sucede mientras persiste la pregunta de si es una fruta o no. Si la pregunta persiste, la falta de respuesta no impide la gana y la sabrosura de un aguacate.

De muy niño, recuerdo a mi papá y a una cosa matemática, misteriosa, que hacía con los aguacates. Ponía uno en la mano izquierda y con el cuchillo de cocina le daba una vuelta hasta juntar la línea de corte justo con el punto de inicio. Luego lo abría. Era admirable, yo quedaba boquiabierto. Después la cosa perdió el misterio y la dificultad, pero el valor gastronómico del vegetal, cosa aún más misteriosa, permanece y aumenta.

En cambio nunca me he explicado las sociedades y soledades del aguacate. Una costumbre ponderada en Medellín, según la cual un aguacate debe acompañar siempre a otro alimento: sopas, cremas, ensaladas, arroces, y si es en jugos: leche, azúcar, vainilla. Como si él solo, con su sabor de aguacate, fuera apenas un incipiente fruto. Como si solo tomara sabor y cobrara sus virtudes al lado de una arepa de tienda o de una neblinera de arroz. Hasta



una algarroba, que viene a ser un enjambre de pelos secos, se come sola, pero al aguacate, siendo como es, rey de frutos y nutrición, hay que rociarle sal o aplastarlo encima de una arepa para que no pierda sus dignidades. En Paraguay, donde este fruto recupera su nombre de aguacate, pues en el resto de países del sur es "palta", lo comen solo y cucharada tras cucharada sin untarlo de sal y solo a veces de azúcar. También lo comen en una ensalada o lo consumen en jugos, pero se les hace muy extraño acompañar la sopa con un aguacate. Y debe ser por cosas así de extrañamente digeridas que la palabra aguacate también indica tontarrón, bobo, atarugado. "No me creas tan aguacate". El dicho es muy claro, aunque tenga eco de inocente "artefacto verbal". Eso era lo que decía una mamá para destimar el esfuerzo mentiroso de un hijo, para darle a entender que no le creía nada y no decirlo a la manera azteca: "No me creas tan colgante". En Medellín se recuerda aquel alcalde que la ciudad apellidó aguacate y también bobo.

Las crónicas españolas del Descubrimiento y Conquista de América relatan que los originarios de aquí ya lo cultivaban. Sin duda lo hacían por la delicia del fruto, que es la misma razón para entender la expansión por el mundo de este vegetal que pudo reemplazar a la manzana del paraíso. Lo hubiera hecho, pero llegó muy tarde a las tierras bíblicas, con decir que a España llegó cien años después del ataque de Colón en América. Hoy en día es un patrimonio de la humanidad originario de México, y eso que cada aguacate solo trae una semilla. En otro tiempo esta semilla también sirvió para escribir, según se prueba en documentos coloniales que fueron escritos con su polvo rojo. Revolucionarios de antes del aerosol escribían sus protestas rayando en las paredes con frutas de aguacate. Al oxidarse con el aire o con el sol aparecían las consignas color óxido de hierro.

Hasta aquí solo he dicho sobre el fruto del aguacate y nada sobre el árbol, que era el propósito inicial; no pude hacer otra cosa con semejante fruto del que es tan fácil declararse pariente. No cabe menos con esa bola verde usada en la medicina, la alimentación, los tratamientos de belleza a lo largo y ancho de la Tierra. El árbol, en cambio, es tan modesto y "oculto", acaso el verde de sus brotes lo realza un poco, pero es algo que no le da especialidad ninguna, pues ocurre naturalmente en miles de árboles. Un árbol que madura pronto, a los cuatro o cinco años, pero con madera quebradiza que nadie usaría para construir su cama. Por su parte las flores parecen olvidadas de ellas mismas, fatalmente consagradas en deberes y deudas con el fruto, y ha de ser por eso que nadie regala un ramo de flores de aguacate, y por lo que un escrito sobre este árbol resultará siempre invadido y cosechado por su fruto, el legendario y poderoso aguacate. ☺

Tomado de *Trece árboles de viaje*. Secretaría de Medio Ambiente de Medellín, 2009.



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

UN PADRE SANGRA HISTORIA

Mala cosa es empezar la reseña de un libro citando la solapa; pero a veces se justifica, como aquí, con Umberto Eco: "Cuando dos de los ratones hablan de amor, te conmueven; cuando sufren, lloran. Poco a poco, a través de este pequeño cuento que incluye sufrimiento, humor y superar las pruebas de la vida cotidiana, quedas atrapado por el lenguaje de esta vieja familia del Este de Europa y atrapado por su ritmo gradual e hipnótico..."

El libro es *Maus*, una novela gráfica de Art Spiegelman, hijo de judíos polacos, nacido en Suecia, criado en Nueva York; es dibujante, ilustrador, creador de la revista *Raw*, donde *Maus* apareció por entregas a lo largo de una década. Narra los recuerdos de Vladek, padre de Art, su juventud en Polonia, la Guerra, las persecuciones nazis, los guetos, el hambre, la diaria lucha por la vida, la reclusión final en Auschwitz, al que milagrosamente logró sobrevivir. Para matizar el horror, el libro da frecuentes saltos al presente, para mostrarnos al viejo Vladek, caprichoso, achacoso, entrañable, y los sucesivos diálogos en que va entregando a su hijo el recuento de aquellos años terribles; y también el devenir del hoy, la rutina de pequeños dramas, el cuadro vívido de un hogar.

Spiegelman se vale de un dibujo carente de preciosismos, pero, y tal vez gracias a ello, asombrosamente expresivo; los judíos tienen cara de ratón, los "gentiles" de cerdo o de perro, los nazis tienen rostros de animal terrible (hacia el final, el autor dice a su esposa Françoise —francesa— que no sabe qué rostro ponerle en el relato, pues ella no es judía; Françoise sugiere uno de conejo, sin éxito; para Art, los conejos no tienen cabida en esa historia). Los recursos visuales y narrativos de *Maus* sorprenden a cada página, pero no hay espacio aquí para detenerse en ellos; sólo queda recomendar con todo entusiasmo este libro admirable, merecedor en 1992 del Premio Pulitzer, honor concedido por primera y única vez a una novela gráfica. Un reto para Carlos Díez.

P.D. Si bien se la llama novela gráfica, *Maus* no es una novela; es el relato real y minucioso de una vida, de muchas vidas, un cuadro lleno de horror y ternura. En algún momento, Art, libreta en mano, dice a su padre y a Mala, segunda esposa del viejo Vladek: "Es un libro importante. Le interesará a gente que no suele leer estas cosas". Pues eso.

CODA

Otro libro: *Tú, que deliras*, de Andrés Arias. Es una obra con altibajos, pero enfoca un ambiente pocas veces mostrado por una novela colombiana, el del mundillo artístico bogotano de los años 30. Una primera vanguardia, podría decirse, estimulada por unos pocos, como el español Ramón Barba, o Rómulo Roza, quien luego hizo carrera en tierras yucatecas. El libro se centra en las figuras de Sergio Trujillo Magneant, Hena Rodríguez, el grupo Bachué; pero su protagonista es Carolina Cárdenas, llamada "Madame Deco", ceramista, escultora, pintora, muerta en plena juventud. Asistimos a las búsquedas y logros de estos personajes, y también al rotundo rechazo de los académicos a esas búsquedas. La diatriba de Laureano Gómez contra "el arte moderno", citada textualmente, no tiene desperdicio. ☺



Cheesecake

Kaldi Kaffe

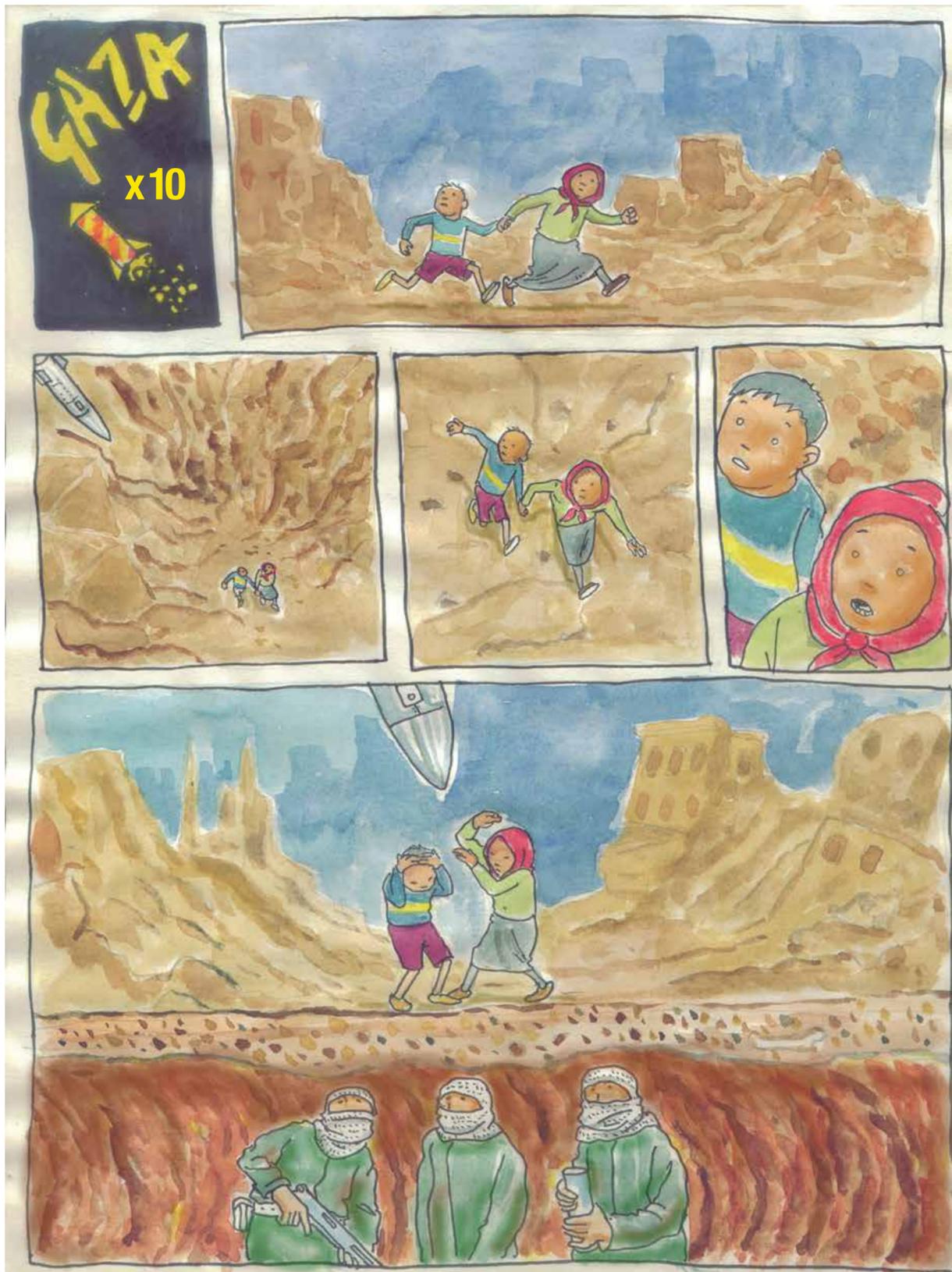
Planetario de Medellín
entrada principal
Tel: 263 2511
Carlos E Restrepo calle 53 # 64A 31
tel: 260 1355
Panadería natural, cafés de origen

Construimos marca y reputación digital desde creación de páginas web, posicionamiento, redes sociales, hablar con los posibles clientes, hasta lograr ventas!

WWW.COHE.TE.NET

Patricia Fuenmayor

Asesora en seguros
Tel. 321640 2928 - 260 2300
patfuenmayor@hotmail.com



www.cinéfagos.net
 cine colombiano · crítica de cine
 artículos y ensayos · cómics · artes electrónicas

Un evento Medellín Lectura Viva

8^a

FIESTA DEL LIBRO Y LA CULTURA

FRONTIERAS

12 al 21 de septiembre
 Zona Norte MEDELLÍN
 10 a.m. - 9 p.m.
 ENTRADA LIBRE

Una fiesta llena de novedades:

Tijuana ciudad invitada
I Salón del libro infantil y juvenil
I Salón del libro digital
Carabobo un gran bulevar cultural

Toda la programación en www.fiestadellibroylacultura.com

Organizan

Taller de Letras
 FIESTA DEL LIBRO Y LA CULTURA
 MEDELLÍN

SISTEMA DE BIBLIOTECAS PÚBLICAS DE MEDELLÍN

MEDELLÍN LECTURA VIVA

Medellín todos por la vida
 Alcaldía de Medellín

JORGE VOLPI EL CEREBRO Y EL ARTE DE LA FICCIÓN



Capítulo de ciencia en Fiesta del Libro

1. Tenemos huevo. Show químico-gastronómico de dos yemas.
2. Gastronomía molecular y otras pepas de pipeta. Mariana Koppmann
3. Científicas: cocinan, limpian, ganan el premio Nobel (y nadie se entera). Valeria Edelsztejn
4. Antropología del mal. María Victoria Uribe
5. ¿Un derrotado? Francisco José de Caldas, naturalista. Pablo Montoya
6. ¿Cómo usar el cerebro? Facundo Manes

Y más.

**JUEVES 15 DE
SEPTIEMBRE
7:00 P.M.
PARQUE EXPLORA**